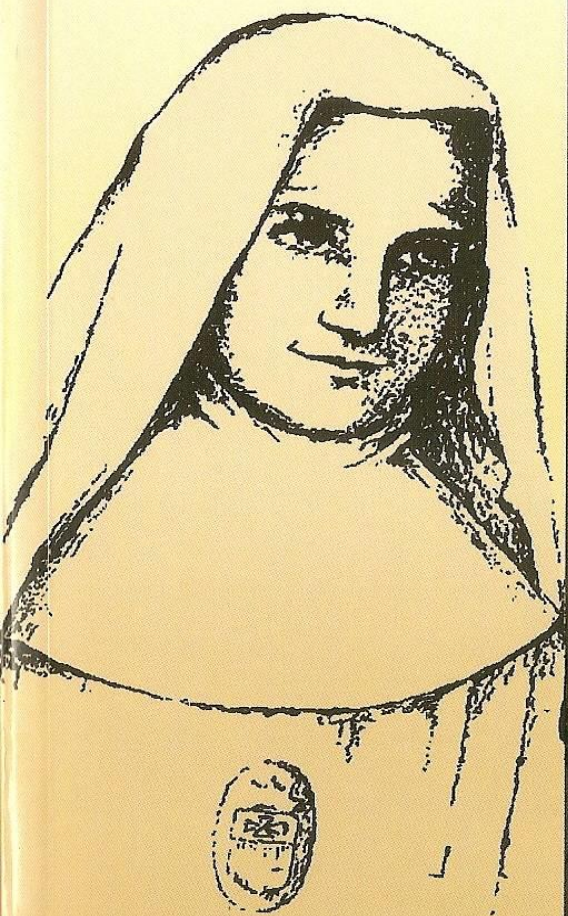


Don Antonio Amundarain



**EL TRIUNFO
DEL AMOR DE DIOS
EN LA VIDA
DE SOR
ISABEL LETE Y LANDA**

hermana mercedaria de la caridad

Casa General, Roma 2005

El triunfo del amor
de Dios en la vida
de Sor Isabel Lete y Landa

hermana mercedaria de la caridad

2ª edición

HH. MERCEDARIAS DE LA CARIDAD

ROMA 2005

Nihil Obstat:

Dr. ANTONIO M^o PÉREZ ORMAZÁBAL

Censor

Imprimatur:

Victoriae, die 6 aprilis 1945

DR. EUGENIUS BEITIA

Vicarius Generalis

Casa General

Hermanas Mercedarias de la Caridad

Vía Urbisaglia, 11

00183 Roma

PRESENTACIÓN

Con inmenso gozo espiritual la Congregación vuelve a reeditar hoy el libro-biografía de Sor Isabel Lete y Landa, escrito por Don Antonio Amundarain. Han sido varias las hermanas que han pedido que se hiciera una nueva edición del libro *“El triunfo del amor”* a fin de que las nuevas generaciones puedan conocer, de primera mano, quién fue Sor Isabel Lete y Landa. En estos momentos, en los que en la congregación de los Santos se estudia la Causa de Canonización de esta hermana mercedaria que vivió y murió abrasada por el amor de Dios, tenemos el gozo de acercar a tantas personas como cogerán este sencillo libro entre sus manos, la vida y las palabras de una mujer que no hizo nada espectacular en su vida, sino dejarse modelar por el Espíritu Santo en la vocación al amor redentor.

En temprana juventud y golpeada por la enfermedad, después de haber superado pruebas difíciles, ella descubre que Jesucristo Redentor es el gran amor de su vida y se entrega a Él sin condiciones, siguiendo la espiritualidad de Santa Teresa del Niño Jesús. El deseo más ardiente de su vida fue amar a Jesucristo intensamente y que todos lo llegasen a conocer y amar, Su amor, nacido de un corazón ardiente, que había conocido la prueba de la fidelidad sostenida por la gracia, se fraguó al amparo de María, la mujer nueva, en la que ella se miraba para responder como discípula a las constantes llamadas de Dios. Sus palabras: *¡Que te tengo que amar, Jesús, que te tengo que amar!* indican hasta qué punto este fue el principal objetivo de su vida, como respuesta al amor

aplastante que Jesús le había revelado. De tal forma que todos los días de su existencia fueron vividos bajo esta experiencia de amor y buscando, sólo y exclusivamente, amar al AMOR. Vivió como discípula porque supo responder en todos los momentos a la pregunta de Jesús: ¿me amas más que todos éstos? dejando tras de sí un camino luminoso de vida evangélica y mercedaria.

Sus escritos muestran constantemente un gran deseo de ir al cielo para encontrarse con Jesús, para estar con Él, para conocerlo eternamente, para ser constituida en alabanza de su gloria. Toda su vida es para nosotras revelación de cómo, respondiendo al amor regalado por Dios, en su fidelidad amorosa y amante, encontramos el camino de nuestra propia existencia, convirtiéndola en icono y parábola de amor redentor en nuestro servicio de caridad a los más pobres y humildes de la tierra.

Deseo, desde la experiencia de fe en la que los escritos de Sor Isabel me sumergen, que todas las personas que se asomen a estas páginas se dejen tocar por el amor de Dios, que es aplastante en todos los seres humanos y que, una vez gustado este amor, se entreguen al Señor como realización de una vida y como encuentro con las fuentes originarias de la felicidad y de la paz del corazón.

No hemos querido retocar el libro, porque en su sencillez y simplicidad, así es como ha gustado a quienes lo han leído. Solamente se han corregido algunos errores.

Que buscando el amor, nos encontremos con su fuente inagotable y apagante, que es Dios.

Roma, 2 de junio de 2005. Aniversario de la Ordenación sacerdotal del Beato Juan N. Zegrí.

MARÍA JOSEFA LARRAGA
Superiora General

EL SECRETO...

Bien nos sirven de portada unas palabras que recogemos en los íntimos apuntes de esta encantadora alma, cuya biografía, en su gran parte preparada por testigos de ella, nos la dan para terminarla y ordenarla las Rvdas. madres superiores de su Instituto.

Era la tarde del 5 de diciembre de 1940, dicen sus apuntes; me hallaba encamada en la soledad de mi habitación y de pronto sentí un deseo, un ansia de amar; al mismo tiempo se me presentaron en mi mente todas aquellas personas que yo amaba, y vi claramente que ninguna de ellas satisfacía la sed que sentía en mi interior de AMAR Y SER AMADA y mirando a la imagen, que tenía frente a mí, del Sagrado Corazón de Jesús, me pareció que, con una mirada amorosa me decía: 'No busques amores en la tierra, cuenta tan solo con mi amor. Yo soy el único que puedo llenar tu corazón y NADIE MÁS'. Y al momento le dije: Jesús mío tomo la resolución de no interesarme más... por aquellas personas, hacia quienes mi corazón se siente inclinado; desecharé todo pensamiento que distraiga mi amor hacia Ti; y esto lo tomo en espíritu de penitencia, por haber pasado tanto tiempo SIN AMARTE".

Todo corazón humano mendiga el amor de otro corazón; su felicidad no está en su propio amor, sino en el que viene de otro. Cuanto mayor y más intenso es aquél y más crecido el número de los que nos lo dan, mayor es nuestra felicidad. Mas a este amor responde el nuestro y de su correspondencia depende el colmo de nuestra felicidad. Hacia esa felicidad se lanza el corazón; el amor busca el choque de otro amor, en otro corazón. "Dame el tuyo, toma el mío"; hazme feliz, como yo deseo hacerte a ti. "El amor es la gran potencia que todo lo mueve y domina, a la cual todo sirve..."

"El amor es la capacidad más potente del hombre. Nunca puede desarrollarse por sí solo, ha de tener un ser que lo suscite, al cual se refiera, por el cual crezca y madure. Con este ser se sostiene el amor, sin él se viene abajo; quiere conformarse por completo con él, unirse a él plenamente y para siempre..." (Ricardo Graf, *Sí, Padre*, II).

¡Vano intento! ¡Todo es una triste ilusión! Ni yo soy capaz de hacer feliz a nadie, ni a mí puede nadie hacerme feliz. Nos engañamos los dos y en nuestro engaño los dos somos infelices; mi corazón es insuficiente para la capacidad de aquél, y aquél, a pesar de su inmensa capacidad, es insuficiente para llenar el mío.

En la tierra no hay amante tan enamorado, que sea capaz de llenar el corazón del amado; por más que se digan bellas frases, se escriban sugestivas poesías y se crucen riquísimos dones, el corazón no siente hartura, pide más.

Es que somos hechos para Dios y a la medida de Dios; sólo Dios llena el corazón. Y Dios es amor, y nos da su Corazón, fuente de amor que salta hasta la vida eterna; en esa fuente está la hartura del corazón.

¡Oh misterio! Yo *puedo* amar a Dios; yo *debo* amar a Dios, y amándole soy amado de Él; cuanto más le amo más soy amado, y al sentirme amado de Él me siento enamorado del mismo y arrastrado a amarle más y más; le amo impulsado por su mismo amor, es decir, le amo con su mismo amor y ese es el amor que llena plenamente el corazón.

"*Hijo mío, dame tu corazón...*" Dámelo, vaciado de todo amor terreno, para que yo te lo llene del mío divino y me ames con un amor digno de Mí; que no circule entre los dos más que un solo y único amor, el que mana de la única fuente del verdadero amor, que es mi Corazón; Yo deseo el triunfo de mi amor en ti... Tú que vas a leer esta biografía, observarás el fenómeno de dos corazones que luchan, de dos amores que

chocan, se encuentran y se resisten; pasarán años sin progreso en esta titánica lucha y, por fin, con un certero golpe de gracia que hiere y sana, triunfará Él y, cautiva de sus divinos ardores, triunfará ella...

Y ella es un rico capullo que se ha desprendido, en Éibar (Guipúzcoa), del florido Instituto de las Hermanas Mercedarias de la Caridad, cuando aún no había hecho más que abrirse a la brisa de una vida de grandes esperanzas.

De este florido pensil mercedario han sido trasplantados, ya antes a los vergeles de la gloria celestial, fragantes lirios y azucenas, cuyos suaves aromas perduran inmortales en los extensos campos de esta Congregación religiosa.

A su buen olor siguen éstas, y a éstas han de seguir otras que germinan, crecen y florecen al soplo e influjo vivificador del espíritu de la caridad mercedaria.

Lector...: en esta alma ha triunfado el AMOR; también triunfará en ti, si tú te dejas vencer por Él.

Fiesta de la Purísima Concepción de 1944.

ANTONIO A.

I

EN EL REGAZO DE UNA SANTA MADRE

A cinco kilómetros de Vergara, a la orilla izquierda del río Deva, cerca de Placencia de las Armas, se extienden unas cuantas casas unidas entre sí por la iglesia parroquial, que forman el barrio llamado de "Los Mártires", nombre que recibe de los mártires Emeterio y Celedonio, patronos de aquella parroquia, término municipal de Vergara (Guipúzcoa).

Allí puso Dios a Sor Isabel en los brazos de una madre profundamente cristiana, a la una de la mañana del día 7 de septiembre de 1913.

Pusiéronle por nombre Regina, como si adivinaran ya desde entonces, que aquella niña iba a ser reina por sus cualidades físicas y, sobre todo, por su caridad y amabilidad puestas al servicio de los enfermos.

Ya enferma en Éibar, en sus largos silencios, fue elaborando pensamientos y evocando recuerdos que iba encomendando poco a poco al papel en dos pequeños cuadernos. De ellos, uno se lo entregó al confesor, y el otro, más pequeño, se lo dedicó a Isabel, su única hermana. Serán ellos la fuente más legítima que nos proporcionará los rasgos más edificantes de su alma delicada y sana.

A los veintisiete años, agosto de 1940, recordábale a ésta su querida hermana la dulce memoria de su santa madre.

"En la cama, donde Jesús me tiene, le escribía, ¿te acuerdas, cuando aún éramos pequeñas, cómo nuestra querida 'amacho' nos llevaba ante el sagrario?, ¿te acuerdas con qué fervor rezaba?, ¿te acuerdas con qué esmero nos cuidaba? Jesús mío, por lo mucho que trabajó por penetrar en nuestros corazones tu amor y tu santo temor,

dale una santa muerte y haz, que en aquella suprema hora muera repitiendo los dulces nombres de Jesús, María y José. Y ya que en este destierro nos pediste el sacrificio de la separación dolorosa de tantos años, que yo en nombre de las tres te ofrezco gustosa, haz que en la gloria vivamos unidas por toda la eternidad".

Dichoso el hombre a quien Dios da una santa madre, dijo Lamartine. Regina tuvo esta dicha. Por eso agradeció siempre al Señor este beneficio singularísimo.

María, así se llamaba aquella madre dichosa, no perdió ocasión alguna para imprimir con mano maestra, en el tierno corazón de su hija, las verdades de nuestra religión.

Ella estuvo al acecho de aquellos primeros días, tan interesantes para su hija, en los que su *pequeño templo de Dios*, comenzaba a despertar a los primeros asomos de la razón, para, respondiendo tan sólo a la curiosidad de la niña, instruida sólidamente en el espíritu. Regina, tan vivaracha, preguntaba mucho y hubiera sido para otra que no fuese su madre extremadamente molesta.

María iba atesorando en el alma de su hija, sin que apenas ésta se diera cuenta, fascinada por los ojos y por la palabra de su dulce maestra, un caudal riquísimo de enseñanzas, por un método directo y de intuición.

Se aprovechó, por ejemplo, un día de la oportunidad de hallarse la niña junto a la parroquia, para decirle que allí habitaba Dios. No pudo la niña menos de concebir un grandísimo concepto del que habitaba la mejor casa del barrio. Otro, penetraron juntas dentro del templo y le habló de la lámpara, que ardía ante el Santísimo y del Señor de la casa, Dios que vivía dentro de aquella puerta tan pequeña, con lo cual aquel concepto de grandeza que tenía de Dios, fue revistiendo de un gran misterio.

Pero la verdadera revelación de la fe y moral cristianas se la hizo en casa, donde se sentía verdadera sacerdotisa, contándole a su alcance todo el dogma católico.

Así logró habituar a sus hijas a las visitas al Santísimo. Nos dice una de las compañeras de Regina, la que más intimó con ella, que siempre a la salida de la escuela las llevaba a la iglesia para rezar en ella el rosario y hacer una visita al Santísimo. De rodillas, juntas las manos sobre el pecho, presidiendo sin buscarlo a sus compañeras, se elevaba ya su alma ante el sagrario, en alas de la plegaria, dando la sensación de un ángel caído del cielo.

En cuanto a su carácter, todos los que la conocieron convienen en afirmar, que era jovial, viva, alegre, dispuesta a todo, aunque a veces rebelde al manejo de su madre. Con todo, bajo su mirada cuidadosa y vigilante, Regina venía piadosa, capaz de ofrecer en lo mejor de la edad al Todopoderoso, una naturaleza completamente intacta e inocente.

Pero pronto se vio huérfana.

El 29 de octubre de 1918, año espantoso en el que la gripe sembró las tierras de cadáveres, la muerte penetró también en el hogar de la buena María, llevándose al padre.

Y cuatro años más tarde, la madre contraía una enfermedad cerebral, que la obligaba a separarse de sus dos hijas y alejarse de su amado hogar.

Y así, a sus nueve años, había llegado para Regina el momento de abandonarse exclusivamente al regazo de la Madre del cielo.

¡Cuántas veces, cuando de pequeña le preguntaron por su madre, apuntó al cielo! Así se lo había enseñado la que le dio el ser.

II

LA NIÑA PIADOSA Y TRAVIESA

Dios la tenía destinada, para pertenecer a la grey escogida de las vírgenes consagradas en la vida religiosa y dispuso, que de la hondonada de "Los Mártires" pasara al risueño valle de Loyola (Azpeitia).

Tierra santa, lugar de cita de tantas vírgenes, que allí se entregan constantemente a Dios.

Salpicado de casas religiosas por todas partes, aquel refugio de los que más de cerca siguen a Jesucristo, iba a influir poderosamente en el ánimo de la huérfana, que vio tal vez ya dibujar en el cielo de su espíritu la estrella de su vocación.

Sana de cuerpo, hermosa, resuelta, alegre, vivaracha, traviesilla, admirada de sus compañeras, allá vivió tres años, en el caserío "Garmendia", asistiendo con regularidad a la escuela, que las religiosas Esclavas del Sagrado Corazón tenían en Azpeitia.

Un día se presentó Regina en casa llorando: "¿Qué te pasa, hija mía?", le preguntó María Antonia, su segunda madre. La habían echado por traviesa de la escuela. Esto prueba su carácter y temperamento vivo y travieso. Sometióse, sin embargo, gustosa a una indicación de su segunda madre, y volvió a la escuela, a pedir perdón a la hermana.

Sonrosada, graciosa, vestida modestamente, a su paso por la calle con sus bucles de oro, que le caían graciosamente por la espalda, Regina provocó un día (nos lo cuenta una compañera suya) este comentario: "Vaya 'reina', para figurar en un trono".

Sí que lo había de ser, pero su reinado no sería de este mundo.

A la sombra de tan solícitas maestras, pudo prepararse cuidadosamente para la comunión solemne; y a los tres años, once de su edad, se acercaba a la parroquia de San Sebastián, de Azpeitia, a hacer con inusitado fervor la comunión solemne, y a jurar ya más conscientemente a Jesucristo la alegría de su juventud y un amor eterno.

Entretanto, en el caserío, su segunda madre atendió principalmente a su educación y formación cristiana, rectificando aquella su exquisita sensibilidad, creando en su alma una piedad sólida, regulando los movimientos de su corazón ardiente, alejando de ella todo peligro de arrebatarle la inocencia de su buena alma, y ejercitándola en obras de caridad, sobre todo para con los pobres.

No en vano transcurrieron aquellos tres años; ya la niña salió aprovechada de ambas escuelas y llegó la hora de volverse a "Los Mártires". Sus compañeras viéronla partir llenas de pena. María Antonia la agasajó y, al verla desaparecer a lo lejos, se retiró pensando: "Tú, Regina, no serás para este mundo".

A medida que Regina se iba alejando, a lo largo del camino, se iba despidiendo de aquellos semilleros de virtud, que tanta mella habían hecho en su alma. Aquí, el Noviciado de las Siervas de María; allí, las Esclavas, sus maestras; arriba, el monumental de las Damas Catequistas, y luego, el macizo de Loyola, imponente y majestuoso. Este fue el último pensamiento de Regina, al abandonar aquel valle de Loyola: "Yo también seré monja".

Y apareció de nuevo Regina en su barrio natal de "Los Mártires", sorprendiendo a sus compañeras, desde el primer día, con la peregrina resolución que había tomado y manifestaba sin rebozo: Había de ser religiosa.

¿Quién iba a dar crédito a aquellas palabras, en una niña de doce o trece años, buena, sí, piadosa, que frecuentaba los sacramentos; pero que seguía con sus vivezas y travesuras?

Aquella joven, ciertamente, rara vez dejaba de ir diariamente a misa, ni hubo día que negara a su Madre del cielo el obsequio filial del santo rosario; pero también seguía siendo juguetona y traviesa; y este raro contraste, su tía, con quien vivía, no lo comprendía.

Un día se asocia con unas amigas, para dar una pedrea al coche de un alto personaje que cruzaba la carretera, a quien en el contorno se le miraba con molesta antipatía.

Otro día, con sus compañeras, cogió algo de fruta de la huerta de su tía, por lo que ésta hubo de castigarla severamente, y Regina, herida en su amor propio, sin decir nada a nadie, se fue a casa de otros tíos de Placencia, donde vivió algún tiempo. Y esta niña, sin embargo, era piadosa y sentía su gran atractivo hacia el sagrario, como lo prueba aquel entusiasmo y hasta celo con que, al salir de la escuela, valiéndose de su gran influencia, llevaba a las compañeras a la iglesia para visitar al Santísimo y rezar a la Virgen sus plegarias, con lo que nos convenceremos de que Regina era en verdad buena y delicada con su Dios.

III

EL LLAMAMIENTO

Se hallaba en la edad más hermosa de su vida, pisando en la primavera de su existencia, rodeada de amigas, que admiraban su carácter jovial y la delicadeza natural de su espíritu de selección. El mundo, por otro lado, le sonreía, cantándole al oído sus falsas promesas, pero el mundo no era el elemento de su juventud. Había momentos, es verdad, en los que la estrella de su vocación parecía desaparecer de sus ojos, como la de los Magos cuando llegaron a Jerusalén, pero de nuevo volvía a aparecer en el cielo de su alma con más vivos resplandores.

La lucha entre dos amores se pronunciaba cada vez más intensa, recia y peligrosa.

No había cumplido todavía diez y seis años y alguien le aconsejó, que desistiera de su empeño, pues aún era demasiado joven. Pero la gracia de su vocación obraba en su interior con tal fuerza, que era difícil hacerse sordo a ella.

Estamos, lector que me escuchas, en la encrucijada interesante de la vida de esta joven; difícil y peligroso es su paso. Mucha reflexión serena, oración fervorosa, y consejo prudente de quien, en nombre de Dios, puede dárselo, son necesarios en este momento. ¡Cuántas vidas tiernas y lozanas se han desviado y han perdido para siempre la ruta de su verdadero bien y felicidad! El destino viene de arriba, la vocación es gracia de Dios, a nadie le ha echado Él al mundo al acaso, sino con fines preordinados sapientísimamente desde la

eternidad. Con la luz del Espíritu Santo, es preciso conocer nuestro destino y seguirlo, aunque a ello la naturaleza se resista.

Lector, ¿sabes a qué viniste al mundo?, ¿sabes tu destino?, ¿conoces tu vocación? Si lo sabes, sigue con firmeza y constancia, si no lo sabes, no te lances a la vida, sin saber a dónde vas...

Un nuevo director, en cuyas expertas manos cae el alma de Regina, la orienta perfectamente y, todo arreglado, decide su entrada en la vida religiosa.

Pero antes de ingresar, debía confirmarse en esta su vocación y determinarse a seguirla, después de una seria y madura consideración. Para ello pasa de nuevo a su querido valle de Loyola.

¡Con qué curiosidad había visto ella anteriormente a aquellas jóvenes ejercitantes que, con su mantilla flotante, los ojos fijos en el suelo y en el más riguroso silencio, entraban y salían por la puerta de la santa casa, asimilando por la meditación, la palabra de Dios! Esta vez había de ser ella la que iba a asistir activa a ellos, para dar el paso más decisivo de su vida.

Alguna vez soñó con aquella capilla tan devota, la capilla de la conversión de la santa casa de Loyola ¡oh santa capilla! Ahí, a los pies de ese sagrario, ante esa hermosa escultura de Ignacio, mientras dirigía de vez en cuando a través de la reja, miradas saturadas de cariño a la Virgen de Aránzazu, se decía a sí misma: "Jesús mío, también yo me entregaré del todo a Ti".

Vio claro, en aquellos Ejercicios, la ruta que Dios abría a su paso, a saber: "La escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido".

La semilla de la vocación, que entonces crecía recta hacia Dios, buscando al sol, que tan pronto iba a multiplicarse

en espiga y que había ya el Señor sembrado en los primeros instantes de su existencia, la conservó oculta bajo los cuidados de una madre santa y de la virtuosa María Antonia (su segunda madre) en el valle de Loyola, y en el silencio de los Ejercicios, movida por la brisa saturada de esencias de virtud, acabó de desarrollarse y declararse francamente en su mente y en su corazón. Era ya hora de que Dios la trasplantara al vergel de un noviciado.

En estos Ejercicios había visto que su vocación no se fundaba en un sentimiento pasajero, que sólo puede durar lo que dura una emoción de momento. Ni se dirigía al claustro por otras ambiciones, que las de seguir de cerca a Jesucristo y asegurar su santidad y su salvación. Todo lo tenía bien pensado y hasta había leído por la oración, como inscrito en el cielo, el nombre del Instituto que había de abrazar. Su misión sería con Jesucristo, el amigo de los niños, recoger a los abandonados de la infancia, para estrecharlos contra su corazón y alimentarlos con su exquisita caridad, sobrenaturalizada por la gracia. Sacrificar su salud, sus cualidades naturales, sus fuerzas, sus alegrías, para proporcionar a los desheredados de la vida, un consuelo en sus penas y a los miembros dolientes de Jesucristo clavado en la Cruz, el bálsamo de su caridad.

Una joven que, renunciando a todo lo que constituye, el ensueño, la dicha de un corazón de corta edad, se consagra a Dios en sus pobres, en sus enfermos, en sus ancianos, tristes despojos de la vida, abandonados muchas veces por sus propios hijos.

Y pensó definitivamente en el noviciado de las Hermanas Mercedarias de Zumárraga, en cuyas puertas llamaba cuando tan sólo contaba diez y seis años.

También ella, como los Magos, encontró allí a Jesús, pobre Hijo de la Virgen obediente.

IV

EN EL NOVICIADO

Ha terminado aquí la primera etapa de la vida de esta alma en cuyo proceso se nos descubre, además de un admirable celo cristiano de su santa madre, la disposición de un alma hacia los ideales santos y sobrenaturales, inclinación a la piedad y gusto de las cosas de Dios, principios de un amor delicado y ferviente a Jesucristo, que terminan con señales suficientemente claras de una vocación a la virginidad en la vida religiosa, quedándose vivo, sin embargo, en el fondo del corazón, el desorden original, propio de la edad, que se manifiesta en un carácter travieso, temple alegre y algo juguetón, con un físico atrayente y de gran simpatía natural, conjunto que necesita de una formación y educación moral y espiritual, seria y a fondo.

En estos pasos no se observa providencia alguna especial sobre el futuro de su santa vida. Se ve solamente la gracia de un llamamiento divino que obra al momento sobre un alma imperfecta, la cual en sus manifestaciones muestra tener madera de santa, que aún se esconde en el bloque.

Es alma que ha comenzado a amar a Dios y, al amar a Dios, se siente fuertemente atraída por Él y se afianza en su vocación; mas también las criaturas hieren su gran sensibilidad y el corazón tropieza con los espejismos de lo visible, que se le ofrece fascinador y la atolondra.

En esta lucha que se inicia aquí, habrá de ser probada en fuertes vaivenes y por largo tiempo, hasta que la gracia haya triunfado con un sublime golpe de misericordia...

Su vida de postulante se ha iniciado con fervor, no en vano había dejado el mundo, con sus vanidades. Una vez resuelta a ser de Dios, Dios había de ser el único ideal de su vida, como virgen prudente, y era necesario disponerse a embellecerla y enriquecerla de virtud. "Cum bono opere", con buenas obras; y en efecto, bien enfocó la nueva vida desde su principio. Las lecciones de su maestra y los ejemplos de sus compañeras no cayeron en el vacío, sino que trató de llevarlos a la práctica cuanto supo. Sabía a qué fue al noviciado y podemos asegurar que no desperdició el tiempo en aquel santo retiro. Sin ser cosa extraordinaria, mereció de todas la calificación de alma buena, fiel, diligente, servicial, atenta, sumisa y edificante.

Oigamos lo que una compañera suya nos dice de aquellos primeros meses que pasó en la santa casa del noviciado: "La conocí cuando era postulante y, en cuanto la vi, me sentí atraída a ella, por su trato tan agradable y por la caridad que en ella se observaba, siempre dispuesta a ayudar y a animar a las otras. Al poco tiempo, nos pusieron juntas en el oficio de sacristanas, y siempre que tenía yo algún descuido, me advertía con aquella exquisita caridad, en que ella sobresalía, por lo cual se hacía querer de todas las que la rodeaban".

"En el noviciado, dice otra, me encantaba por su trato afable y simpático y por su sencillez tan atrayente".

Otra de sus compañeras de entonces, después de decir lo mismo, añade, "que era muy fervorosa y se la veía siempre deseosa, en los recreos, de conversación espiritual".

Por este tiempo tuvo lugar en Zumárraga una toma de hábitos; algunas jóvenes que concurrieron de fuera, para asistir

a aquel acto, quedaron santamente sorprendidas en presencia de nuestra postulante que les inspiraba una santa alegría. La alegría de Regina fue siempre como un misionero, que habla de Dios y conquista almas.

Aunque aquella alegría era ya de suyo una apología abreviada de la vida religiosa, que acababa de abrazar, las visitantes osaron hacerle varias preguntas y se entabló la conversación, en la cual Regina habla con entusiasmo ensalzando su nueva vida.

Era feliz en aquel paraíso, en que su alma se unía tan fácilmente a Dios y gustaba de una paz deliciosa.

¡Cuánta razón tenía santa Magdalena de Pazzis, cuando decía que si los hijos e hijas del mundo sospecharan de una tal felicidad, escalarían los muros de nuestros monasterios, para en ellos gozar en paz las delicias del cielo!

Pero también a ella le llegó su hora, la hora de vestirse con el santo hábito mercedario, como su Madre la Virgen de la Merced, ante la cual llevaba ya seis meses, orando en santo retiro y formándose en su espíritu.

¡Qué piadosa y emocionante ceremonia se preparaba en el recinto de aquella capilla!

Allí, Regina, que subía radiante de gozo al altar, como a una fiesta nupcial, Isabel, su hermana, que venía a inmolar a Dios a su hermana querida, la Iglesia, dichosa de engendrar todavía vírgenes, los ángeles del cielo, contemplando extasiados a la nueva esposa de Cristo, finalmente el mismo Jesús, que parecía inclinarse a ella murmurándole al oído: *“Ven mi muy amada, ven a recibir de mis manos un vestido de gloria y una corona inmortal”*.

Aquel día tan esperado llegó al fin; Regina, llena de un gozo singular, recibía de manos del sacerdote el santo hábito de la Merced.

El nuevo nombre de *Sor Isabel*, y la nueva vida que

abraza, le obligan a enterrar el viejo Adán (Regina) con todos sus actos... y a vivir más intensamente la regla de su Instituto, estudiando con sumo interés las Constituciones y las santas prácticas.

En efecto, en la nueva novicia aumentó notablemente (así hablan todas las que en aquel tiempo la conocieron) la humildad, la obediencia, la caridad y el fervor espiritual.

Su Maestra de novicias la juzga de muy laboriosa y cumplidora del deber, que le imponía la obediencia.

¡Cuántas veces la vieron acusarse humildemente, en comunidad, de sus faltas, por pequeñas que fueran! Esta buena costumbre la conservó siempre, durante su breve vida religiosa.

Bien poco le costaba a la madre Maestra avisarle de sus descuidos; “agradecía mucho, dice, las correcciones que se le hacían, recibíendolas siempre con la sonrisa en los labios y prometiendo la enmienda”.

Por otra parte, le constaba que aquella novicia era delicadísima, sin ser escrupulosa, en evitar todo lo que pudiera hacerla faltar en lo más mínimo. Pusiéronla desde el principio al cuidado de la iglesia en el oficio de sacristana y pensando ella en su humildad, que otras más recogidas que ella, no se disiparían tanto en aquel oficio, seriamente preocupada, no descansó hasta exponérselo a la madre, la cual, no obstante sus razones, no creyó conveniente atenderlas.

Llevada también de su humildad, que la hacía considerarse siempre peor que las demás, al ver que dos novicias muy fervorosas y buenas, pero algo escrupulosas, se quedaban algunos días sin comulgar, pensó: *Si éstas que son tan fervorosas dejan alguna vez de comulgar, menos deberé comulgar yo, que no soy tan buena como ellas.* Y empezó aquedarse algún día que otro, sin acercarse a la sagrada mesa, hasta que se dio cuenta la hermana ayudante de la Maestra y, adivinando cuál

era la causa, le hizo comprender que no era ese ningún motivo, para abstenerse de recibir la comunión.

“Recuerdo, nos dice una connovicia compañera en el oficio de sacristana, que encontrándonos un día arreglando la iglesia, entonces recién construida, vinieron tres señoras a verla y, no estando por allí la primera sacristana, que era la ayudante de la Maestra, se la estuvimos enseñando nosotras. En cuanto se marcharon dichas señoras, me dijo: *“No debíamos haber hablado con estas señoras”*, y en seguida fue a decir a la madre Maestra lo que habíamos hecho. Así obraba en todas las ocasiones”.

Es decir, que conservaba la conciencia fina, delicada y blanca como su hábito mercedario. Aquel hábito la consolaba, ya que Dios la quería vestida de blanco, símbolo de la blancura que esperaba de ella en su nuevo estado. Aquella transformación exterior no era más que una manifestación de otra transformación, que debía obrarse en su alma. Debía revestirse de Jesucristo, pensar como ÉL, sentir como ÉL, obrar como ÉL, puesto que ÉL iba a ser el único amigo de su vida, su Esposo.

Su divino Prometido era pobre. Las raposas tenían sus cuevas y los pájaros sus nidos, pero ÉL no tenía donde reclinar la cabeza. Y al morir, su lecho fue más duro que su cuna, una cruz.

Sor Isabel (su nuevo nombre en religión) pensó bien durante su noviciado y se decidió a seguirle pobre.

Y Jesucristo, aunque era noble, era un noble venido a menos, obediente en todo, aún en los quehaceres más humildes; obediente al mismo tiempo a un Padre invisible, cuyas órdenes recibía de noche en las cimas de los montes y las cumplía puntualmente de día. Y se decidió ella también a ser obediente. Le vio puro sin concupiscencia al Hijo de María.

Y se propuso ser pura como los ángeles en su carne de barro,

como María, como Jesucristo.

Le vio ungiendo con el bálsamo de su caridad al que cayó en manos de los ladrones. Le vio curando enfermos, purificando a los leprosos, con el contacto de su mano virginal. Y también ella pensó en adelante pasar por el mundo haciendo el bien.

Y llegó pronto el día de su

SOLEMNE PROFESIÓN

Día de los desposorios con su Dios.

Alguna vez en el mundo, al verse adorada por sus amigas y admirada de los que la contemplaban, soñó tal vez en los días de felicidad; soñó que a la sonrisa de sus labios, sonrisa tan sana, tan natural, tan ingenua, pisando por los senderos floridos de la vida, respondería otra sonrisa, que a su amor tenía que responder otro. Soñó y se vio así, ¡qué ilusiones! Como el día que amanece, como la flor que se abre a la mañana al beso del sol, como el rocío convertido en brillante joya pendiente de un pétalo, como... ¡sueños...! Mas al llegar el momento de fijar su existencia en este mundo, su suerte real era otra. Había apuntado más alto, había elegido al Hijo único del Eterno, hecho hombre, Jesucristo, al que había dicho muchas veces abrumada por su grandeza: "Apártate de mí, Señor, que soy una gran pecadora". Y no obstante, le elegía, porque primero la había elegido Él. El amor de Él se había anticipado al suyo "ruin y mezquino". Aquella mañana la iglesia del noviciado de las Hermanas Mercedarias de Zumárraga aparecía engalanada como nunca. Por su profusión de flores y luces, decía bien a las claras, que algo extraordinario iba a ocurrir allí.

Allí estaba Sor Isabel. Había pasado su noviciado en la montaña del incienso por la oración, y en la colina de la mirra

por la mortificación. Había gustado cómo es dulce servir a Dios y le llegaba la hora de los esponsales, antes de que ningún amor profano hubiese desflorado su blancura de lirio, cuando apenas conocía las miserias del mundo.

De nuevo se acercaba al presbiterio, para pedir a Jesucristo por esposo y de nuevo fulguraban en ella las gotas de agua bendita, mientras sus hermanas le llamaban desde el coro: "*Veni Sponsa Christi*". "Ven Esposa de Cristo".

En las sienes pusieronle una corona de rosas, Sor Isabel, la antigua Regina, iba triunfando por el mundo y se deseaba, al mismo tiempo, que *reinara* con Dios por toda la eternidad. Un anillo de oro anudaba su vida a la vida de Aquel que, siendo amor, la amaba, y le mandó amar con amor fiel. Se oró, se suplicó mucho en la devota asamblea. Es que eran muy grandes sus pretensiones, pretendía a Jesucristo.

En el silencio del acto religioso sonó su voz dulce, tímida, temblorosa. Los ángeles del cielo y la asamblea de los concurrentes escuchan con piedad la fórmula de su juramento de amor a Cristo para siempre.

Sor Isabel era de Jesucristo.

En una explosión del más vivo agradecimiento, resonó el "Te Deum" y, cuando dirigió una mirada suplicante a la hermosa imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, que presidía toda aquella escena, la huerfanita recientemente consagrada a Dios, pensó que su Madre le sonreía como nunca y se desprendía de su regazo para dárselo a ella como merced singularísima, su Hijo el niño Jesús.

Jesucristo no vino sólo a salvarnos; sino que por su doctrina, como por sus ejemplos, nos convidó a la perfección más alta.

Sor Isabel viviría de la vida de Cristo. ¿Qué más? No contenta con eso, continuaría la obra santificadora de Jesucristo en el más sublime grado de perfección. Jesucristo le

decía también a ella, como a los Apóstoles: *“Sicut missit me Pater, et ego mitto vos”*, “como me envió mi Padre así te envío Yo también ahora”.

Libremente aceptaba la misión de continuar en este mundo la obra del Divino Samaritano, y esta misión así aceptada, no debía ser para ella una obra de supererogación; debería ser su *profesión*, como la única razón de su existencia, sintetizando su vida en el lema que dejó al Instituto de las Hermanas Mercedarias de la Caridad, su insigne Fundador: *“Todo para bien de la humanidad, en Dios, por Dios y para Dios”*. ¿Conseguiría con su total consagración al enfermo, recordar a los hombres, que su Esposo curó leprosos, contrayendo Él mismo, por decirlo así, aquella enfermedad cuando moría en la Cruz con todas las trazas de un leproso? Desde luego que ése era su ideal: ser una continuación de Jesucristo visible en la tierra.

Con ese ideal, bello programa para una vida de heroísmo, saldrá en breve de la casa solariega de la Merced...

Y ¿qué estela deja Sor Isabel en aquellos claustros y entre las fervorosas almas que han vivido con ella? ¿Recogeremos por ventura algún rasgo edificante de *especial relieve*? No; su noviciado ha sido ejemplar, pero dentro de un marco de sencillez encantadora, vida sin complicaciones, corriente y exacta, ordinaria y fiel, alegre y espiritual. Esto sabemos y esto deducimos de las palabras que nos dirige, en atenta carta, la que fue su Maestra en el noviciado: “No vi en Sor Isabel nada extraordinario durante el tiempo de su noviciado”.

“Puedo asegurar, que fue buena, muy obediente y humilde. Las correcciones y amonestaciones que se le hacían, las recibía con edificante humildad arrodillándose a la menor advertencia, manifestando verdadero deseo de su adelantamiento espiritual”.

En resumen: un alma que se ha entregado plenamente a Dios y se dispone a vivir su *entrega* con todo el ardor y amor de su corazón; pero que en su camino todavía ha de encontrarse con la propia flaqueza en recios combates; combates y luchas entre dos *amores rivales*, que alguna vez harán sangrar a su sensible corazón.

V

EN MEDIO DEL MUNDO

Doce días después de su primera profesión, Sor Isabel abandona la casa noviciado de Zumárraga, camino de la Corte. En el sanatorio de Tablada esperaban unas enfermas los primeros ensayos de su delicada caridad. Allí comenzó el reinado de su exquisita delicadeza, al servicio del prójimo; allí las primeras pruebas de su fidelidad al Esposo divino, allí los primeros combates entre los dos amores...

Pronto las enfermas comenzaron a mostrar agradecimiento a la nueva hermana, sin poder resistir a tanta amabilidad; y, al manifestársele este reconocimiento, sufría la humilde religiosa, pues sabía y sentía que todo el afecto de su delicada sensibilidad, debía ser tan sólo para Jesucristo.

“Fue para ella de gran sufrimiento, nos dice una hermana que convivió con ella en Tablada, el trato con gente seglar, debido a su carácter simpático y en exceso expansivo, que le hacía ganarse las simpatías de todos los que la trataban; en estos casos salvábale la sencillez con que se descubría a su superiora”.

Estas cualidades naturales, tal vez no debidamente reguladas, la pondrán en más de una ocasión, en verdaderos trances de peligro. Con falta de experiencia y un ardiente celo (si en ocasiones no fuera indiscreto) unidos a sus fervores de noviciado y el ideal cumbre de su vocación la *caridad*, salía Sor Isabel al campo de las almas, sin pensar acaso que ese campo es campo de batalla, donde peligraría todavía su santa vocación y su fidelidad al amor.

Tú que me lees, lector querido, si pasaste por estos lances, me darás la razón y comprenderás que, cuando el corazón se adelanta a la reflexión, se acometen empresas o que superan nuestras fuerzas o que comprometen seriamente los fundamentos de nuestra vida espiritual. Pero si eres principiante en los caminos de Dios y de la santidad, aprende en este paso delicado de Sor Isabel, a dejarte guiar por los que a tu lado viven experimentados y tal vez escarmentados a través de sus años; aprende a ocultar, siempre que el deber no te obligue a otra cosa, tus dotes naturales y, no menos, los dones de arriba, y a no fiarte del aplauso de las criaturas; aprende a no salirte a mendigar en ellas la vana estima y apreciación del mundo; si tu amor es para Dios, no busques que otros te amen.

Sor Isabel luchó en estos combates y, gracias a sus virtudes, salió de ellos ilesa y con gloria; pero no sin haber pasado con sus alas de blanca paloma a ras de una tierra salpicada de pecado.

De estas pequeñas virtudes nos hablan sus contemporáneas: “En Tablada, escribe una de sus compañeras, me edificaba la caridad con que trataba a todas las hermanas, aun a aquellas de carácter raro. Nunca demostraba enfado, aunque se le molestara; no se le veía con cara triste en medio de las pruebas por las que pasó muchas veces su espíritu. Solamente la delataba el color pálido de su cara. Sufría mucho, es verdad, pero en los recreos siempre demostraba alegría y jovialidad, como si fuese de aquellas almas que tropiezan en el camino con más flores que espinas”.

Todas convienen en afirmar que ante todo se distinguía por su caridad. Todas las que le hemos conocido, nos dice una hermana suya en religión, coincidimos en admirar su obediencia, su caridad y su carácter siempre agradable e igual con todas las hermanas y en todas las ocasiones, lo que hacía,

que cualquiera podía recurrir a ella solicitando favor o servicio, con la seguridad de ser bien recibida. Cualquiera, si no hubiera sabido que observaba con las demás la misma conducta, hubiera podido creer ser la preferida entre todas, al verse tratar con tanta amabilidad y agrado”.

Hubo algunas excepciones en este su buen carácter que prueban, que éste era fruto de sus vencimientos y no de una natural apático e indiferente. “Recordamos, dice la hermana, un pequeño choque, uno o dos años antes de caer enferma, con una hermana muy buena, la cual no obstante era un manojo de nervios y tenía un genio muy vivo, que no siempre le era posible dominar. A esta hermana dijo un día Sor Isabel algunas palabras de enfado, añadiendo que si hasta entonces no se las había dicho fue a fuerza de vencerse y dominarse. A todas extrañó mucho esto en Sor Isabel; pero a quien más extrañó fue a la referida hermana, la cual lo sintió en el alma, pues no lo hubiera esperado nunca de ella y así, repetía con gran pena: “Que cualquiera otra me hubiera dicho esto... pero que me lo haya dicho Sor Isabel”. Ni que decir tiene, que no bien hubo pronunciado Sor Isabel aquellas palabras, se arrepintió muchísimo de haberlas dicho y le faltó tiempo, para pedir perdón a la hermana”.

Tenía además un don especial para consolar y animar. Así, después de su muerte, exclamaba una hermana: “¿Lo que es Sor Isabel?”, pues una “quitapenas”.

Pero pasemos a sus grandes pruebas y luchas.

Hay biógrafos más entusiastas que objetivos, que nos proponen a sus santos, no como fueron en realidad, sino como debieron ser si hubieran imitado en todo a Jesucristo y a su Madre, que jamás pecaron ni en lo más mínimo.

Los santos fueron también hijos de Adán, hechos del mismo barro que nosotros, sujetos a las mismas miserias y tuvieron sus caídas mayores o menores. El perseverar no está

precisamente en no caer, está en levantarse cuando se ha caído.

Sor Isabel continuaba siendo como en el noviciado: humilde, obediente, fervorosa, muy delicada de conciencia, rebosando caridad. Pero le faltaba la madurez de los años y la solidez que en ellos adquiere la virtud; caía en faltas y éstas hubieran tenido trascendencia, a no haber poseído una cualidad envidiable, que fue su salvación, era ésta una admirable sencillez y sinceridad con sus superiores.

Las enfermas se le aficionaban demasiado (la pobrecilla no sabía ocultar sus gracias) y queriendo demostrarle su cariño le ofrecían mil cosillas, que ella por no contristarlas, las aceptaba alguna vez sin hacerlas pasar por la obediencia.

“A pesar de ser delicada de conciencia, escribe una hermana suya de aquellos tiempos, no siempre tenía bastante fuerza de voluntad, para evadirse del cariño y simpatía que le demostraban las enfermas, y a veces condescendía con ellas, recibiendo o dando algunas cosillas sin permiso. No pasaba sin embargo mucho tiempo, sin que fuera a decírselo a su superiora, entregándole las estampas, medallitas, etc., que había recibido”. Esto prueba lo que en el paréntesis decimos arriba.

Buenas son la disposición exterior, la simpatía, la afabilidad, la gracia natural, la modesta alegría, etc., mas su débil consistencia exige de ellas un exquisito cuidado, una solícita defensa, una prudente medida en su práctica y, en ocasiones, un velo de seriedad, para disimularlas y aun ocultarlas, del todo, ante las gentes del mundo.

Aquí la táctica de Sor Isabel falló en más de una ocasión. Su natural expansivo y sensible atractivo obscurecían, alguna vez demasiado, la virtud de la fervorosa hermana y entonces lo humano brillaba en ella más que lo divino, y Dios hubo de permitir que el enemigo le probara con una emboscada peligrosa y difícil.

Nunca faltan almas ruines y una de éstas intentó profanar el santuario de su corazón, consagrado exclusivamente a Dios. La tentación era de las más solapadas por la sorpresa con que se presentaba, pues la inocente religiosa nunca sospechó que por tales conductos pudiera asomarse el maligno tentador.

El corazón de la hermana sufrió una recia sacudida, cuando más tranquila se creía descansar en el de su Amado. El amor jurado a su Dios no podía ser profanado por ninguna criatura; pero ésta se atrevió a disparar sobre aquélla su dardo envenenado.

La compasión divina, con la gracia de su vocación, triunfó sobre los asaltos del enemigo y las presiones de la débil naturaleza: humildemente se manifestó a sus superiores y éstas decidieron destinarla a otra casa.

Corroboran todo lo dicho las siguientes palabras de una de sus madres.

“Su primer destino, después de la profesión religiosa, fue al sanatorio antituberculoso de Tablada (Madrid). Las enfermas, al verla siempre tan celosa de su bien, siempre caritativa, sin escatimar sacrificio alguno, acompañándole a esto su natural agradable, le tomaron tal cariño, que ya era para ella un peligro. Con la falta de experiencia, no siempre permanecía dentro de la gravedad religiosa, sino que tomaba parte en sus charlas y bromas inocentes, lo que constituía un constante peligro y ocasión para la disipación. En estas ocasiones se le salía al paso y a veces con sólo una mirada retrocedía, acudiendo como una niña a su madre, dispuesta a todo. El afecto que las enfermas le tomaban era tal, que aquel tierno corazón necesitaba de cuando en cuando alguna sacudida, para que no se atolondrase con tales impresiones. En ocasiones recibió obsequios insignificantes y después de recibirlos, le venía el remordimiento y se presentaba con ellos,

diciendo que los tenía sin permiso”.

En una de estas ocasiones le dije: “Sor Isabel, oigo por todas partes decir: ¡qué simpática es Sor Isabel!, ¡qué guapa es Sor Isabel! (que no lo es Vd.) y no oigo decir: ¡qué santa es Sor Isabel! Siempre recibía con humildad estos avisos; jamás recuerdo de ella una mala contestación, ni un mal gesto; quedaba agradecida”.

Dirigían las hermanas, en la ciudad de Madrid, una casa hospital para sacerdotes y allá es destinada Sor Isabel, para poner su buen caudal al cuidado de los ungidos del Señor, el 15 de octubre de 1935. Allí en el servicio y trato con ellos, había de tomar el propósito de orar siempre por los pastores del rebaño del Señor, lo que llegó a ser una de sus predilectas devociones.

Pero antes del año, una sangrienta guerra civil, que sembró el suelo patrio de gloriosos mártires y valientes héroes, estalló en España. En Madrid la chusma armada comenzó su obra el 20 de julio del mismo año 1936.

En el Hospital de San Pedro cundió también, como en otros lugares, el espantoso pánico.

“Parecía, escribía más tarde Sor Isabel a una prima suya, que los demonios no tenían más diversión que hacernos sufrir. Nosotras estábamos aún con los hábitos puestos, y los vestidos de seglar los teníamos en el dormitorio. Intentábamos subir por ellos, pero no había manera de pasar por la escalera de la enfermería”.

Una cuadrilla de forajidos irrumpieron en la casa, pensando que cuando menos las religiosas se dedicaban a fabricar armas; mas cuando se persuadieron de su error, les dieron buenos ánimos y seguridades, mandando pusieran en la fachada una bandera blanca con una cruz roja; y se fueron.

Y tranquilas las religiosas curaban a un sacerdote que, al intentar salir, fue herido, cuando de nuevo la turba se presentó en la puerta derribándola. Cien hombres pistola en mano

gritaron: “Manos en alto”. Se colocan las religiosas en aquella postura de indefensas víctimas, mientras los salvajes se disponían a disparar, tan pronto oyesen la orden de hacer fuego.

Alguien gritó en aquel momento crítico: “Cuidado con disparar que éstas son unas mujeres indefensas que no hacen ningún mal”, y ante eso desistieron de su intento.

Mas los desalmados echaron gasolina en torno y dentro de la casa y le prendieron fuego, al mismo tiempo que sacaban a la calle a las pobres religiosas, llevándolas entre insultos y amenazas a la Dirección General de Seguridad, donde después de tomarles declaración, las dejaron en libertad.

Sor Isabel con varias de sus hermanas, se trasladó a casa de una familia conocida, donde estuvo unos dos meses sin salir de ella, hasta que un día subió la portera diciéndoles que era necesario marcharse de allí.

Se repetía el conflicto. Para ver de solucionarlo de algún modo, pensaron colocarse en alguna casa, como así lo hicieron.

Sor Isabel escribía más tarde en una de sus cartas: *Es bueno pasar de todo, para luego saber apreciar lo bueno. ¡Cómo Dios Nuestro Señor cuida de los suyos! Después de todas estas peripecias, aquí me tienes tan satisfecha, aunque yo no he tenido la dicha de ser mártir. Con algún fin me habrá dejado Nuestro Señor todavía en este mundo.*

Esta época de su vida en Madrid en plena guerra, fue para ella un nuevo peligro, del cual Dios la libró milagrosamente.

Si aquella Sor Isabel, con hábito de mercedaria en el sanatorio de Tablada, era tan simpática, graciosa y atrayente, no dejaría de serlo ahora sin hábito, como simple señorita del mundo y en plena revolución. Y aquí es, en efecto, donde su corazón vaciló al ser atacada a fondo por el enemigo.

¡Pobre corazón humano!, cuando mira a Dios, se da a

Dios y le ama; mas cuando mira al mundo, el mundo le atrae, le fascina, se arrastra hacia él y casi lo ama. Sor Isabel en el Madrid del 36, sacudida por aquel terrible vendaval, empujada a la vez por la gracia hacia la cumbre y por la serpiente hacia el abismo ¿qué hará?

Dios velaba por ella. ¡Él la había amado tanto! ¡Junto a su cuna le puso una madre tan santa! ¡De joven le llevó a aquel valle de Loyola, tierra de vírgenes, para que como María en el Templo pasara los años de su juventud en un ambiente de piedad e inocencia! ¡Después de aceptar sus votos la preparó, asociándola a la obra de la redención por el ejercicio de la caridad! y, ahora, viéndola en peligro de ser arrastrada al mal por quienes al contrario debía ser aconsejada hacia el bien, al verla solicitada a desviarse de la ruta de su santa vocación, la puso de nuevo en manos de sus superiores, que una vez más fueron para ella la tabla de salvación.

“Enterada de todo, dice la que era superiora en aquel entonces, me puse de acuerdo con la madre provincial, para llevar a Sor Isabel a mi lado, donde podría seguir la vida de comunidad, que gracias a Dios unas cuantas pudimos observar durante todo ese tiempo, con nuestra misa y comunión diaria, etc. Ella, con su docilidad habitual, acudió gustosa y allí permaneció hasta que pudo salir de Madrid. Allí renovó también sus votos, preparándose con tres días de retiro que, según las Reglas del Instituto, deben proceder a este acto, comprometiéndose de nuevo a seguir viviendo por Jesucristo, inclinada sobre las cunas de los pobres huérfanos o sobre el lecho del dolor de los enfermos, hasta morir por Él”.

Hablando más tarde, de este tiempo, decía a una hermana: *“No sé qué admirar más o mi ingratitud o la bondad de Jesús para conmigo; pues Él me pedía no le negara nada y yo no correspondía a sus inspiraciones. Bueno, añadía con gran sencillez, no habría llegado aún la hora del Señor”.*

“En verdad la vida de Sor Isabel fue hasta entonces una lucha continua entre la naturaleza y la gracia, nos dice una de sus hermanas. Entre Dios, que la quería sólo para Él y las criaturas, que a veces resultaban un obstáculo para esa unión plena y total, que Dios exigía de ella. Su corazón ardiente y generoso se daba a Jesús, pero no con ese desasimiento pleno de todo lo demás, que el Señor pedía a esta hermosa alma, de la que quería hacer una obra maestra de su amor y de su gracia”. ¡La lucha de los dos amores!

“Hasta que en 1937, año en que pasó a zona liberada, al reanudar su vida religiosa lejos de Madrid, terminaron de una vez para siempre sus luchas y vacilaciones en corresponder plenamente a las inspiraciones de Dios, y ya no tuvo más afán, ni más deseo, que agradar a Jesús en todo y amarle con todas sus fuerzas...”

...Descúbrese aquí un alma dotada de grandes tesoros naturales y celestiales; una joven religiosa que, enardecida en la fragua del noviciado, sale como soldado valiente a la conquista de los ideales, que su clara vocación mercedaria había hecho germinar en su corazón virginal, todo generoso, todo ardiente, todo dispuesto, piadoso, espiritual, celoso y amante de Cristo y de la Santísima Virgen.

Pero al mismo tiempo como lastre peligroso, abrumada de un caudal de cualidades naturales en un grado tan poco común. Y como consecuencia, un alma sacudida fuertemente por dos potencias opuestas: la gracia que la lanza hacia Cristo su ideal y la naturaleza que la empuja al logro de la fingida felicidad, que las criaturas le brindan.

Sor Isabel es hasta aquí una de esas almas escogidas que, durante sus primeros años de vida religiosa, ha sido violentamente sacudida y probada en duras luchas entre la gracia y la naturaleza, entre el amor puro y el mundano; y merced a una singular providencia de Dios, de la Virgen y

cuidados de sus superiores, sale por fin ilesa y vencedora. La salvó, además de la gracia, su humildad, su sencillez, la desconfianza de sí misma y haber sido siempre sincera, como un libro abierto, con sus superiores. Un alma cerrada y fiada de sí misma en su lugar hubiera sucumbido.

VI

DECISIONES GENEROSAS

Octubre de 1937, después de mil aventuras por los campos de la guerra, Sor Isabel ha llegado al pacífico pueblo de Zumárraga y, luego de pisar los umbrales de la casa noviciado, ha recordado su salida de allí el año 31 y repasando sus seis años de vida religiosa, ha roto a llorar.

De nuevo se veía ante aquel sagrario, testigo de sus votos religiosos y ante aquella imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, que la reanimaba, acogiéndola en su regazo.

Durante aquellos días de recogimiento en aquel retiro de vírgenes, que aspiraban a ser esposas de Jesucristo, la veían sus compañeras profundamente recogida, firme y devota, como si viera al Invisible, tributando a su Esposo honores y reparación. Preparaba de nuevo su alma, con más desconfianza en sus fuerzas, al ministerio de la caridad, que había de ser corto pero fecundo.

¿Qué es lo que vio en aquellos ratos de fervorosa oración ante el sagrario? ¡Oh!, había frustrado en parte los planes que Dios se había trazado para ella, no correspondiendo plenamente a ellos en sus seis años de agitación y de lucha, y ahora el Señor formaba un nuevo plan magnífico, trazado con sabiduría y amor. Iba a ser breve su vida, una vida llena de pormenores humildes; pero *coronada* con una *oferta heroica* y una *muerte de mártir* de la *caridad*.

Sor Isabel, sin poner enmiendas a la obra que Dios trazaba sobre ella, la realizó con exactitud generosa y fiel en todos sus detalles. En adelante, atenta a todas las inspiraciones

divinas, Sor Isabel caminará al mismo paso que la divina magnificencia le señala, no en el retiro de su querido noviciado, sino rodeada de los huerfanitos y al lado de los enfermos tuberculosos de Éibar.

Pronto iba a escribir ella misma, respirando un ambiente más propicio: *“El tiempo que me queda de vida quiero pasarlo, como las golondrinas que veo desde mi ventana; quiero volar muy alto, sin pararme en el suelo”*.

Después de una meditación sobre la agonía de Jesucristo en el huerto de los Olivos, confiaba al papel estos pensamientos: *“Qué tristeza debió sufrir Jesús cuando llegó a sudar sangre. ¡Pobre Jesús! Allí se le representarían todos mis pecados, todas mis infidelidades, toda mi ingratitud. Pero, consuélate, Jesús querido, que ahora quiero seguirte, cumpliendo todas aquellas resoluciones que Tú mismo me has obligado a hacer. Cueste lo que cueste he de hacer lo que me pidas. Espero que tu gracia no me faltará”*.

Para con aquella madre que la sacó de tanto peligro, siempre conservó un agradecido corazón. Dos meses antes de morir le dedicaba una estampa de Santa Isabel, con estas palabras: *“En los momentos difíciles supo usted ayudarme y guiarme hacia el bien, y en agradecimiento no la olvidaré, cuando esté con mi Jesús”*.

Poco tiempo de descanso y paz en Zumárraga, recordando los primeros años de su vida religiosa. Luego, una breve estancia en Placencia, para cumplir con sus parientes y allegados, y sale definitivamente destinada a Éibar.

Ya en sus nuevo destino, dice una hermana que la conoció muy a fondo, en estos cuatro años últimos de su vida, emprendió la obra de su santificación con resolución y constancia, y así, mientras interiormente la gracia iba transformando su alma y encendiendo cada vez más en su corazón el fuego del amor divino, exteriormente se la veía más

que nunca observante, silenciosa y recogida, aunque siempre acogedora y amable con todo el que solicitase de ella algún servicio. No por eso perdió su graciosa naturalidad y sencillez, enemiga como fue de toda afectación; ni varió tampoco su carácter, alegre y simpático que siguió prestando animación y alegría a los recreos de la comunidad. Pero su corazón, ¡aquel gran corazón de Sor Isabel!, si hasta hoy fue tal vez cobarde, inconstante y escaso en fidelidad y amor, conquistado ahora totalmente por Jesús, púsose a amarle con el ardor con que aman a Dios las almas grandes, y con la finura y delicadeza con que lo hacen los verdaderos enamorados de Jesús”.

“Creo poder asegurar, que desde entonces si en algo no obró con perfección, fue o por equivocación o por inadvertencia, pues ya nunca se volvió atrás en su generoso ideal de hacer siempre y en todo lo más perfecto, para agradar a Jesús, y de no negarle nada; lo cual culminó sobremanera en el tiempo de su enfermedad”.

Lector, examina el precedente testimonio y ve ahí un alma tocada de la gracia divina y entregada a su acción sin condiciones ni vacilaciones. Sor Isabel ha dejado de ser lo que fue; hasta *ahora* cualquier alma vulgar pudo seguirla, mira si la sigues en adelante.

Poco después de llegar a Éibar fue encargada del cuidado de los huerfanitos.

Abandonados en la aurora de la vida, ya por la muerte de sus padres, ya porque la malicia o la miseria les negó el pan, encontraron éstos el calor y cariño de un hogar, en las hijas de Juan N. Zegrí. Eran los privilegiados de la superiora del asilo, que derramaba en ellos todos los tesoros de su bondadoso corazón y todas las sugerencias de su talento de gobierno.

Nadie hubiera creído en Éibar que aquellos niños tan aseados, tan bien vestidos, eran unos pobres huérfanos. Y con qué cuidado les evitaba la madre todo lo que pudiera

lastimarles en su sentimiento.

Y Sor Isabel, en medio de aquellos niños, recordaba a la Virgen Madre de Nazareth. También ella, como María, era la madre virgen de aquellos niños de su caridad, y al mismo tiempo, una imagen viva del modo con que nos trata Dios a sus hijos.

Los más desgraciados eran sus predilectos, sin otro interés que el premio de la eternidad, pues aquellos pobres tan débiles y miserables no podían ofrecerle en pago más que lágrimas y quejidos de dolor. Llenos de granos, y miserias los más, pues la guerra había impreso también en ellos su sello de destrucción, los envolvía con más delicados cuidados y, cuando alguno enfermaba, de día como de noche, la encontraría a su cabecera resistiendo las fatigas más duras e insensible a sus propios dolores. Y cuando su amor, tan ingenioso en recursos, parecía que le rehusaba otros nuevos, tomaría al niño del lecho del dolor, lo mecería entre sus brazos, lo haría reposar sobre su regazo, como si aproximándole lo más posible a su corazón, pudiera endulzar mejor sus penas y hacerle comprender todo el cariño que sentía por él.

Aquellos pequeñuelos tan inquietos, tan inocentes, eran para ella un depósito sagrado, del que había de dar algún día cuenta a Dios.

Por ello cultivaba también sus almas con la misma delicadeza, con que cultivó la suya su santa madre.

¡Qué simpatía, la que había entre aquella madre virgen y sus hijos! Sor Isabel era delicada y fina en apreciar los defectos de carácter, los puntos flacos y débiles de sus pequeños. Era justa en el castigo y abnegada en el servicio, por lo cual el acento, el timbre de su voz, la palabra de reproche, resonaban en el fondo del corazón de sus huérfanos, conmoviéndolos y operando en ellos todo lo que deseaba. ¡Con qué complacencia la debía contemplar el cielo y la tierra,

cuando a ejemplo del Salvador, ensayaba con ellos la primera plegaria y las primeras enseñanzas de la doctrina cristiana! Rodeada de su pequeña familia, que iba engendrando para Cristo, dirigía la mano todavía débil del más pequeñín, para enseñarle a hacer la señal de la cruz, le mostraba en el cielo al Padre por excelencia, cuyo nombre le hacía pronunciar por primera vez y les prometía que si eran fieles a aquellas enseñanzas, les esperaba el cielo como recompensa.

Sor Isabel, con sus enseñanzas, sigue viviendo en el corazón agradecido de aquellos hijos de su espíritu que la bendicen, como se bendice el nombre de una santa madre.

Pero, durante su estancia en Tablada, había obtenido el título de enfermera y era necesaria su presencia en el sanatorio antituberculoso, que dirigían estas hermanas en Éibar.

¿No habéis visto jamás a esos jóvenes pálidos, en el declive de sus vidas, cuando apenas han comenzado a vivir, devorados por un mal silencioso, inclinar sobre un pecho anhelante una frente cargada de mortales congojas? Preguntadle qué es lo que tienen. No es nada, os responderán. No es nada, y el fuego de sus ojos se apaga. No es nada, y sus piernas vacilantes apenas los pueden sostener. No es nada, y acarician ilusiones de mentirosas promesas. No es nada, y he aquí que se presenta el otoño y, con la última hoja que cae, el pobre tuberculoso deja de existir.

Postrados en sus blancos lechos de hierro, en pabellones limpios en extremo, abiertos siempre al sol y a la luz, pálidos, suspicaces, mendigos de la compasión ajena, la esperaban aquellos pobres enfermos, a quienes el mal terrible los iba empujando al sepulcro, invisible pero constantemente. Sor Isabel, con su hábito blanco de mercedaria, con una modestia y santa *reserva*, que había aprendido en los pasados años de su duro escarmiento, disimulando sus cualidades naturales y su amabilidad, apareció en medio de ellos, como una visión de

paz.

Miradla, inclinada sobre aquellos desgraciados, como medallón exquisito, perfil gracioso y puro, en el triste cuadro de un pabellón de tuberculosos. No era una enfermera mercenaria; *venía a dar su vida por ellos y lo iba a conseguir.*

En el mes de diciembre del mismo año de 1937, luego de tomar posesión de su nuevo destino, entró Sor Isabel en Ejercicios. He ahí la línea que divide y el centro que determina todo lo pasado que acaba y todo un futuro que comienza.

Lector, lee detenidamente las resoluciones que, en aquellos días de silencio e intimidad con su Dios, formula y escribe en su diminuto cuaderno, que las ratificará, con algún detalle más, en los que dentro de tres meses volverá a practicar en el noviciado de Zumárraga.

I. Haré bien las meditaciones, sobre todo, la de la mañana, pues según ésta, así andaré durante el día.

II. Procuraré que no se me pase, ni un cuarto de hora, sin elevar mi corazón a Dios, por medio de jaculatorias.

III. Tendré sumo cuidado en los mandatos de la Superiora. Los haré tal como me lo manden, lo mismo lo grande como lo pequeño.

IV. Procuraré también tener mucho interés en hacer bien las cosas pequeñas, para que haga bien las mayores.

V. Trabajaré por adquirir el recogimiento interior y con este fin procuraré guardar muy bien el silencio, no hablando ninguna palabra inútil, fuera de la hora de recreo.

VI. No dejaré de hacer bien los exámenes.

VII. No murmuraré de nadie y menos de los Superiores.

VIII. QUIERO SER SANTA CUESTE LO QUE CUESTE

Escribo esto en un momento de lucha de la imaginación, en que el tentador me presenta muchas dificultades venideras. Es uno de los días de los santos Ejercicios, en que las cosas se ven tal como son en realidad.

Casi todos los hombres llevan consigo la pena de no ver realizados sus ensueños. ¡Son tan grandes! ¡La vida es tan pequeña!

Sor Isabel se propuso realizar generosamente los propósitos arriba enumerados; ellos eran su gran campo de acción. ¡Señor, ahora comienzo! Lo pasado me duele, lo presente me alienta, lo futuro es un secreto de Dios.

El lector debe tener en cuenta, que esta hermana venía de la dehesa enemiga, allí no sólo el espíritu religioso, sino también el de simple cristiano, había quedado menguado y relajado lastimosamente; así era el carácter de la pasada guerra civil. Los que tuvieron la desgracia de vivir en el campo enemigo, experimentaron la privación más dolorosa y casi completa de la vida cristiana, con la supresión del culto y persecución de los ministros del Señor, teniendo en cambio campo libre todos los excesos de libertinaje y corrupción.

Providencialmente salvada su vida y salvada su alma de aquel infierno de males, Sor Isabel había de comenzar su vida mercedaria, poniendo a contribución todas las energías de su valiente corazón.

Principió llamando al silencio a todo su ser, sus sentidos mal acostumbrados en aquel torbellino mundanal, sus potencias emperezadas para la reflexión seria y espiritual, su imaginación inquieta, hecha a las mil impresiones, que abundaron en la agitación de aquel mundo revuelto y tempestuoso.

Silencio al mundo, recogimiento interior, atención a las

voces de la conciencia y al susurro del Divino huésped, que mora en el fondo de su espíritu. He ahí sus primeros pasos. A eso miran los propósitos de sus primeros Ejercicios. Era necesario borrar de su mente todos los recuerdos de sus seis años pasados; esto no era tarea de un día, ni de un mes, y para conseguirlo era necesario crear, esculpiéndola en su corazón, la imagen viviente de Jesús, su dulcísimo amado.

Por eso, cuando no la vierais a la cabecera de sus enfermos o inclinada sobre la cuna de los huerfanitos, la encontraríais a los pies del sagrario, lugar de cita de sus largas entrevistas con el Altísimo. Acaban apenas de dar las cinco de la mañana, cuando ya ella había entablado conversación con el Invisible del sagrario.

Y allí es donde se fue efectuando poco a poco la transformación de su espíritu, que la hizo tan semejante a Jesucristo.

La época del año la favoreció, para entrar de lleno en la vida de reflexión y meditación. El Adviento, con la Encarnación y las jornadas; Navidad con los dulces misterios de Belén, de Egipto y Nazareth; Cuaresma, con la tragedia de la Cruz, etc., se prestan al recogimiento y meditación.

Poco a poco su mente y su corazón hallaron paz y reposo. La piedad y el gusto de Dios renacieron espontáneamente al contacto con hermanas fervorosas, de huerfanitos angelicales y de enfermos carcomidos por la fiebre.

Sor Isabel iba saliendo de las meditaciones de aquel santo tiempo, con santas esperanzas de implantar el reino de la paz y el amor, de que su alma estaba ya en posesión, entre sus enfermos, sus niños, sus hermanas, siendo para ellos una flor y no una espina, un rayo de sol, el ángel de Getsemaní.

Y llegaban las fiestas de Navidad y, mientras sus niños dormían y descansaban sus enfermos, corría ella tan temprano a asistir al misterio por medio de la contemplación, allí se unía, gozaba y aprendía.

Y cuando en la Cuaresma, repasaba en espíritu la Pasión: ¡Qué silencios tan desconcertantes los de Jesucristo!; ¡qué palabras tan dulces, las poquísimas que dirigió durante aquellos dolorosos pasos al Padre, a Judas, a Pilatos, al criado, a las mujeres, etc.!

A los dos o tres meses, Sor Isabel ya era un alma recogida, espiritual, fervorosa, totalmente eucarística; los recuerdos de aquellos aciagos tiempos de agitación quedaban en la sombra, y su espíritu caminaba en plena luz de la verdad.

Pero acertadamente sus superiores creyeron conveniente que, aprovechando una tanda de Ejercicios, que se iban a practicar en el noviciado de Zumárraga, esta alma quedase bien consolidada en el espíritu mercedario de caridad, puesto que, como enfermera, había de ser una antorcha puesta en el candelabro, para guiar a su destino muchas almas en el sanatorio de Éibar. Y a primeros del mes de marzo de 1938, se encerró para nueve días en santo retiro.

De estos Ejercicios nos darán idea cabal, las resoluciones que en ellos le inspiró el Señor, y que fueron como fundamento y arranque de sus maravillosas ascensiones que, a los cuatro años aproximados, iban a terminar en la cumbre gloriosa de su santidad.

Helas aquí:

6-III-38

I. No dejar ningún día de hacer los veinte actos de mortificación.

II. Durante el día presencia de Dios, desechando todo pensamiento inútil, y muchas jaculatorias.

III. No cometer ninguna falta voluntaria, esto sólo hoy, mañana Dios dirá.

IV. *De dos cosas me lanzaré siempre a lo más costoso y abnegado, y esto por la salvación de las almas.*

V. *Durante el día no dejaré pasar ninguna ocasión que se me presente, de poder hacer actos de humildad.*

VI. *Recogimiento interior y exterior, no hablando ninguna palabra inútil.*

VII. *En todas las obras ordinarias, mucho cuidado de hacerlas con el solo fin de agradar a Dios. ¿Qué importa que trabaje mucho?; si no lo hago por Dios, me encontraré con las manos vacías.*

QUIERO SER SANTA

Escribo estos propósitos a los pies de Jesús, cuando veía las cosas tal como son en realidad; palabras inspiradas por el mismo Jesús desde la hostia del sagrario de la casa de noviciado de Zumárraga, desde donde ha derramado gracias sobrenaturales, haciendo un derroche de ellas. Si esta vez no atiende a Jesús, puedo temer. ¿Quién sabe si serán éstas las últimas gracias que me envía? ¡Que te he de amar Jesús mío, que te he de amar! ¡Que harto tiempo he pasado sin amarte!

Propósitos que he añadido a medida de la necesidad:

1º) *No murmurar de nadie y tapar las faltas del prójimo siempre que pueda.*

2º) *Yo, que deseo siempre ser estimada y sobresalir en todo, hago propósito de procurar, en cuanto esté de mi parte, pasar siempre desapercibida y olvidada.*

3º) *No hablaré de mí misma, ni de mi familia, ni de mi casa.*

“Ya no quiero amigos; he hallado al que buscaba mi corazón”.
(P. La Colombière)

El amor a las criaturas ha recibido su golpe de muerte.
El amor a Cristo Jesús comienza a triunfar.

VII

SIGUIENDO AL MAESTRO

Su destino está marcado, sus oficios en el pabellón de los tuberculosos del sanatorio de Éibar, el cuaderno de sus propósitos es el código de su vida interior, en el sagrario está el Maestro, la santidad es el ideal, todo está dispuesto.

Avancemos...

El Evangelio meditado es la doctrina del Maestro, allí está la fuente de la verdad, es la luz que la guía, el camino que ella recorre, el modelo que imita; a su divino Corazón se *da*, se *entrega*, se *consagra*.

Él es manso, humilde, dulce, bondadoso; y éstas serán las primeras virtudes de Sor Isabel ;son tan necesarias para su delicada misión!

Sin perder sus gracias naturales, su alegre carácter, su bondad expansiva, su expresión atrayente, su fina y delicada simpatía, revestirá todas las cualidades y dotes con una celestial *espiritualidad* y aire sobrenatural, por la acción soberana de la intimidad con Cristo en su alma, mediante la oración y vida de sagrario. Sor Isabel continúa siendo aquella mercedaria expansiva y alegre; pero la influencia en torno suyo ya no tiene nada de terreno, su expresión sonriente es celestial, es de ángel, es de caridad.

Dichosos los niños que cayeron en sus manos, no echaron de menos el cariño de la madre que perdieron. Felices los enfermos que sufrieron endulzando sus amarguras con asistencia tan esmerada. Murieron muchos de ellos pero resignados. Su santa enfermera no pudo devolverles la salud,

pero les obtuvo algo que vale más que la salud, la resignación que convierte las penalidades de la vida en méritos, que se cotizan muy altos en la vida que nunca acaba. Los ganó a todos con su mansedumbre.

Había por entonces en el hospital (murió ya) una enferma parálitica muy rara, a causa de los sufrimientos de su enfermedad, a la cual era casi imposible contentar. No obstante, Sor Isabel que la cuidó durante una temporada, realizó ese pequeño milagro, y la pobre enferma no sabía cómo ponderar a su amable y caritativa enfermera, expresándose en estas o parecidas palabras: "¡Qué paciencia tenía conmigo, qué bien me cuidaba, qué buena era!"

Su bondad nada tenía que ver con la molicie. Es verdad que Dios la había dotado de un temperamento equilibrado, con el cual naturalmente estaba más dispuesta que otras, contra los choques de la contradicción, y por lo mismo más cerca que otros, de ser de los dulces de que habla el Señor, pero todo ello a condición de que la virtud le añadiera lo que faltaba al temperamento. La verdadera mansedumbre no es prenda natural de los caracteres débiles.

¡Cuánto bien hizo en las almas san Francisco de Sales con aquella su dulzura siempre sonriente, jamás turbada por la menor nubecilla! ¿Era que la naturaleza lo había hecho así? No: luchando veinte años contra los asaltos de la cólera y a fuerza de mucha vigilancia, exámenes, luchas, es como llegó a ser el hombre más dulce de su siglo.

Sor Isabel llegó también a ser dulce, a fuerza de vencer dificultades y de vencerse mucho a sí misma.

¿En qué consistía su dulzura?

Con respecto a los demás, era dulce en las palabras, gestos, sentimientos y juicios, y con respecto a sí misma, tenía, no una indulgencia débil para sus egoísmos, sino calma y dominio sobre sí misma en el choque de las pruebas cotidianas

"En cuanto a la caridad, dice una compañera suya, no se le oía nunca hablar mal de nadie, y si alguna vez ella oía algo, procuraba siempre echarlo a buena parte".

"Podía ir a ella con toda tranquilidad, prosigue la misma, segura de que me recibiría, no como hermana, sino con un corazón de madre, y que me aconsejaría bien. Para mí, el tiempo que hemos estado juntas, ha sido un motivo continuo de edificación".

La que así hablaba, Sor Begoña (alma gemela de Sor Isabel, murió seis meses más tarde), la conocía muy bien, sobre todo, por los siete meses que estuvo a su lado en la enfermería, atacada de la misma enfermedad.

¡Qué dominio sobre sí misma no supone el tener siempre en el borde de los labios las palabras crueles y mortificativas, y sustituirlas en el momento oportuno por otras que animan, que sostienen al vacilante, que apaciguan los ánimos molestados! La dulcísima religiosa hizo brillar siempre en torno suyo la paz de Cristo, anudando en el lazo de la caridad fraterna y animando a todos a caminar en el camino de la abnegación.

Debía mandar dentro del bullicioso círculo de sus pequeños o en los pabellones de los enfermos. Y sabía reprender, ministerio difícil, a fe, tan difícil que san Francisco de Sales llegaba a decir: "Es más fácil vivir sin cólera, que saber usar sabia y moderadamente de ella". Pero sus reprensiones no eran reivindicación de su interés personal o el desahogo de nervios excitados, sabía bien ella, que los niños tienen en este punto perspicacias retrospectivas, de las que deberían acordarse todos los que educan.

Era sobre todo mansa y dulce en la obediencia. La superiora que la tuvo en Éibar, la calificaba de extremadamente manejable por la mano de la obediencia. Mucho le costó pasar al sanatorio, cuando por su título de

enfermera se vio precisada a trasladarse, para que atendiera a los médicos. Pero, tan pronto como vio que era la obediencia, la que disponía aquel cambio, se sometió sonriente.

Ya en su lecho de muerte tenía siempre puestas, aun en verano, sobre su cama algunas ropas de abrigo, que nunca se las quitaba, a pesar de lo mucho que la molestaban. Algunas veces las hermanas solían decirle: "Pero Sor Isabel, ¿no tiene calor con todo eso encima?" Ella al momento, con mucha gracia, le quitaba importancia, disimulando que esto le costara. Obedecía a la madre.

Y llegó a ser, por su mansedumbre, de una fuerza irresistible. "Con aquel corazón que se abría a todo, con aquella alma tan sincera que, aunque era muy celosa guardadora de los secretos del Rey, nos dice una compañera suya, cuando se hablaba en confianza con ella, dejaba traslucir un fervor contagioso, que llenaba de entusiasmo a la que le escuchaba".

Poseía aquella verdadera reina del espíritu un imán invisible que, al mismo tiempo que hacía amable la virginidad y aprisionaba los corazones de todos los que tuvieron la dicha de ponerse al alcance de su radio de acción.

La ciencia es fría, la virtud puede ser austera, sólo la bondad subyuga los corazones y los conduce a Dios. Tuvo más éxito en su apostolado Jesucristo el manso y humilde corazón, que su primo el austero pregonero de las orillas del Jordán.

Y nos parece que sus hermanas la recordarán, cuando oigan estas palabras de san Francisco de Sales, con las que el dulcísimo obispo de Ginebra se pinta a sí mismo de cuerpo entero:

"Yo recibía a todos con un rostro alegre y afable, durante el tiempo que cada uno quería, como si no hubiese tenido otra cosa que hacer. Me doblegaba a ellos, procurando yo ir a ellos, antes que ellos se vieran obligados a venir a mí. En toda mi vida sólo una vez me he enfadado y me he arrepentido de ello

siempre. ¡Dios mío!, si hay que pecar por algo, que sea por exceso de dulzura. Además tengo el corazón, como los árboles, hecho de savia de bálsamo, que cuanto más se le destroza, más perfume desprende, cuanto más me ofendían, más amaba. *Dulcemente, suavemente*, hubiese querido que estas dos palabras fuesen escritas sobre todos mis actos y en todas mis palabras".

Así era también Sor Isabel.

Aquella dulzura tan bondadosa tenía su explicación en la humildad. Estas dos virtudes se compenetraron en nuestra buena enfermera, como en Jesucristo, brotando y creciendo al mismo tiempo, unidas entre sí.

A Jesucristo le vio humilde: a) orando al Padre en las cimas de los montes o en el huerto de Getsemaní, atento a las voces de lo alto, hambreado el cumplimiento amoroso de la voluntad de su Padre. Jesucristo era humilde, porque se consideraba en cuanto hombre, como una limosna de Dios.

b) le vio humilde revestido de nuestras culpas, hecho una víctima, el mal, el pecado, y por lo tanto el enemigo de Dios. Judas parecería menos culpable, porque Él llevaba además sobre sí los pecados de Pilatos, Herodes y de toda la humanidad pecadora. Se sintió Él, el Hijo de la Virgen, la cloaca de la humanidad pecadora.

Estas dos razones, que las vio vivas en Jesucristo, la hicieron también a ella humilde de corazón.

Poseía junto con las cualidades exteriores más excepcionales, las virtudes más envidiables, pero también ella era una buena limosna de Dios.

Y Sor Isabel, fue humilde *sinceramente*. Hay una falsa humildad, bastante común entre los pobres mortales y que es una forma refinada del orgullo, se disimulan las ambiciones, para estar más seguros de realizarlas. Sor Isabel, tan sincera, no estuvo tocada de semejante bajeza.

Quería vivir escondida, confundida con sus pequeños huérfanos y no sólo porque se plegara a la voluntad de su superiora, sino porque seguía la inclinación de su corazón, que detestaba eso que suele ser el vicio característico de muchos: *aparecer, reinar*. ¡Qué bien se encontraba así, huyendo de los que pudieran admirarla, como Jesús cuando huyó al monte! Sus horas más exquisitas las pasaba cuando se abismaba en la oración a solas con Dios, o cuando se sentaba entre sus huerfanitos.

Vedla recogida, escondida en la capilla, rejuveneciendo su espíritu al pie del sagrario.

“Para mí no hay otra hora más consoladora, escribe en sus apuntes espirituales, que ésta en que puedo unirme con Él y puedo sin reparo contarle todas mis cuitas. Es un instante éste, que no sé cómo expresar con palabras lo que en él se siente. Él está en mí, y yo estoy en Él. Pero Jesús, ¿cómo te acuerdas de mí, para venir a visitarme?, y sin Él, ¿qué sería de mí? Me veo tan ruin, tan miserable... Mas cuando me acerco, tal fuerza siento, tal alivio... Siento que en Él me transformo y me da aliento para sufrir el destierro, unida a Él hasta el postrer aliento. Le cuento mis luchas, mis caídas, mis penas, mis alegrías, las preocupaciones todas que me atormentan, y Él siempre me atiende y sin cansarse nunca, siempre me recibe. Amándole a Él, no temo ofenderle; hablando con Él no falto al silencio, desahogándome con Él, no hiero a nadie, alegrándome con Él, no me entristezco, sufriendo con Él, no me abato, ya desde ahora todo contigo Jesús. Pondré toda mi dicha en que Tú seas amado y conocido, alegrado, conversado, honrado... Y Tú, en cambio dame tu amor y tus sufrimientos, para que los dos unidos vivamos sufriendo y amando acá y amando allá por toda la eternidad”.

¡El amor en el sacrificio! ¡Este es el amor que triunfa...!

Jesús la veía desde la blanca hostia tan pequeña a sus propios ojos, confundida entre sus hermanas, entre las que se sentía la última. Pero, si ella se olvidaba de sí misma, no así Jesús en la Eucaristía. La buscaba, como buscaba a su Madre, cuando ésta

oía sus discursos mezclada entre la muchedumbre; y al encontrarla con su mirada, detenía en su amada los ojos complacido y luego lanzábale palabras que Sor Isabel se las cogía al momento, haciéndole llorar de alegría. Es que Jesús, le decía claramente en aquella capilla de Éibar, que la amaba. Los unía el amor; pronto los iba a unir también más estrechamente el dolor.

Era humilde en reconocer sus faltas y en no desmayar nunca por ellas. Algún padre espiritual le aconsejó que no se fijara demasiado en sus faltas, sino en Dios y en lo que podía hacer por agradarle, sin desanimarse nunca por ellas, y así lo hacía, y así enseñaba.

Le aconsejo, amonestaba a una hermana que se sentía triste por sus faltas, que le ofrezca eso mismo al Señor y de esta manera de todo, hasta de eso, sacaremos provecho".

"Era muy humilde, confiesa otra compañera suya, y en cuanto se daba cuenta de que había faltado en alguna cosa, por pequeña que fuese, se acusaba humildemente en comunidad".

Así vivía tan parecida a Jesucristo, tan mansa, tan humilde. Como ÉL, curaba enfermos, como ÉL, rodeábase de niños, para modelar cristianamente sus corazones, como ÉL...

Nunca habían resaltado tanto sus cualidades naturales como entonces. La virtud habíale infundido en el semblante algo que cautivaba a todos, inspirando al mismo tiempo una simpatía respetuosa; en el corazón una ternura y una sensibilidad dispuesta aun a los actos heroicos; en la voluntad una energía tanto mayor, cuanto menos tal vez se la podía suponer en su carácter tan apacible; en la inteligencia esos vuelos elevados que nos admiran cuando los leemos en sus apuntes. Es que era pura, y los puros ven a Dios.

En su persona notábase un vigor especial, el vigor de los puros y sanos de espíritu. Había llegado Sor Isabel a reinar de veras, arrastrando a todos detrás de sí con el encanto de sus

virtudes.

En torno suyo respirábase al mismo tiempo una santa alegría que hacía fácil la vida de sacrificio. Alguien advertía con razón: "Si no nos pintan a una Sor Isabel muy espiritual, muy santa, pero también muy alegre, risueña y graciosa, no la vamos a conocer".

Es que siempre bullía en sus labios una amable sonrisa, que alentaba e inspiraba confianza, mientras parecía murmurar al oído: "Veis... soy feliz, porque amo a Dios, Gustad también vosotros cuán suave es el yugo del Señor y cuán leve su carga y seréis también felices".

¡La alegría de Sor Isabel! ¡A cuántas de sus hermanas les hizo bien! Era ella en sus labios el reflejo de una buena conciencia y como la mejor apología de la vida religiosa. Sor Isabel provocaba esta exclamación: ¡Qué bien se debe estar sirviendo a Dios!

La santidad no destruye la naturaleza, ni sus dotes y gracias, sino que las perfecciona y las regula; la gracia natural, con la gracia sobrenatural, es más graciosa y bella.

Y aunque Dios a veces se le mostrara severo, ella le hacía sonreír con sus fiestas y cariños.

De esta tristeza que dice siente, animaba así a una hermana, me parece que lo hace Jesús, para que vaya usted a Él..., a mí me parece que precisamente, cuando nos encontramos de esta manera, es cuando debemos procurar agradecerle más. Porque, figúrese un niño que quiere mucho a su padre y, sin embargo, éste se muestra para con él muy serio y pareciendo no atender a las fiestas que le hace; pero si el niño sigue haciendo gracias y cada vez con más insistencia, el padre no podrá seguir mucho tiempo serio, porque le robará el corazón con sus caricias, y enternecido ya con el cariño constante y fiel que le demuestra su hijito, no podrá menos de cogerle en sus brazos y estrecharle contra su corazón. Creo que Jesús hará lo mismo con nosotros; si nosotras le somos fieles y aunque a veces le

escatimamos algo, siempre que no sea falta voluntaria, nos mirará con sonrisa.

Y a una hermana, que solía acudir a ella, para ser aconsejada y reanimada le decía: *Dice san Francisco de Sales: 'Sienta bien al diablo y a sus miembros la tristeza, A nosotros nos cuadra la alegría en el Señor'. Pero como a pesar de esto viene la tristeza, sin poderla evitar, le aconsejo a usted ofrezca eso mismo al Señor. ¿No le parece también que el buen Jesús se muestra misericordioso con nosotras, al tratarnos así? Yo veo que esto es un gran bien que, al no encontrar en esta vida ningún atractivo, ni cosa que llene nuestro corazón, nos hace desearle más y más a Él. Le hablo de esta manera, porque me parece que su tristeza más bien es deseo de terminar las luchas de la vida. Tengamos un poco de paciencia, procurando agradar a Dios Nuestro Señor.*

Fíjate bien lector: ¡Qué maravillas obra la gracia, cuando a la gracia dejamos obrar! Por destartado y miserable que seas, Dios hará contigo un excelente modelo de santidad, si tú con tu maldito egoísmo no le atas las manos. No hay elemento tan duro y tan deforme que la gracia no pueda transformar, si no se opone traba alguna a su soberana acción. No digas nunca: "Yo no puedo ser santo"; di mejor: "yo no quiero ser santo".

"Querer es poder". Sor Isabel pronunció generosamente un sincero *quiero*; y mira cómo avanza.

Di tú un *quiero*, y vendrá un *puedo* en aquel que conforta.

VIII

LA ENTREGA DE SÍ MISMA

Un día cayó en sus manos un grabado, donde se explicaba el nacimiento de una planta de trigo. Con ojos iluminados por luces evangélicas, miraba aquellas raíces por donde se alimentaba la planta; aquella yema, punto de crecimiento; el cotiledón que se hinchaba y reventaba, y finalmente el tallo de la nueva planta, que ya comenzaba a elevarse recta, buscando el sol que iba a multiplicar los granos en la espiga. Y Sor Isabel escribía: *“Si el grano de trigo no muere, no dará fruto...”* ¡Cuánto nos enseña Jesús con estas palabras! *“Si el grano de trigo no muere...”* Es decir: *si el alma, víctima no muere a sí misma por la constante y completa destrucción del yo, no dará fruto. Pero si muere por la renunciación propia, diaria e incesante, y entrega total de todos los pequeños sacrificios, sin rehusar ni tan sólo uno de los que Él pide, esta alma dará mucho fruto. Es verdad que sentirá las consecuencias de la destrucción, pues es menester que reviente, para que salgan del interior las pequeñas raíces, por donde recibe el riego del sufrimiento, alimento necesario para su nutrición y desarrollo; pero ¿qué importa, con tal que así destruida crezca para Él?*

Se había descrito a sí misma. Veía que se iba destruyendo poco a poco; pero crecía para Él. ¿Qué había sucedido?

Era el dos de enero de 1939. De nuevo Sor Isabel, como en Zumárraga, se postraba a los pies del sagrario; esta vez en el del asilo hospital y sanatorio de Éibar; para pronunciar sus votos perpetuos. Se acercaba después de haberse preparado por un mes de retiro espiritual en el que había formulado estos

propósitos: "Si alguna vez me encuentro sin fuerzas para algún sacrificio, diré: esto por mis queridos misioneros".

Lo cual concretaba más de esta manera: "1º El exacto cumplimiento de nuestras constituciones. 2º Todas las órdenes de las superiores, por insignificantes que parezcan. 3º Todo aquello que Jesús ME PIDE por medio de inspiraciones o luces interiores".

No rezaba más aquel escrito; pero Jesucristo le había pedido que le hiciera *una oferta* cuya aceptación ignoraba por el momento: *Su vida*.

Aquella mañana de invierno, Sor Isabel ya no le decía como en Zumárraga, al hacer sus primeros votos: "Señor, te seguiré a todas partes, a la prisión, a la muerte... Aun cuando todos se escandalizaren, yo no". Más bien aleccionada por la experiencia, repetía: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo". Sus hermanas cantaban entretanto en el coro: "Veni Sponsa Christi, accipe coronam quam tibi Dominus praeparabit in aeternum" y Jesucristo, el mansísimo Cordero, se iba sacrificando por ella en el altar.

El sacerdote, después de su comunión, se vuelve hacia ella, con la blanca hostia en sus manos, y en silencio escucha la voz entrecortada de una humilde religiosa: "Yo, Sor Isabel de Jesús, en presencia de Dios Omnipotente y de la Bienaventurada Virgen María nuestra Santísima Madre de las Mercedes, hago voto de pobreza, castidad y obediencia *por toda mi vida...*" No oyeron más.

Pero, esta vez, las palabras de la religiosa, tan parecida a Jesucristo, hicieron eco en el Corazón de Dios, resonando en las bóvedas del cielo de un modo imperceptible para los circunstantes: "¡Oh, Dios mío, exclamaba Sor Isabel, Trinidad bienaventurada, a fin de vivir en un acto de perfecto amor, *yo me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro Amor Misericordioso*, suplicándoos que me consumáis sin cesar...!"
¿Qué eco era aquél y ¿cuál su significado? ¡El amor que triunfa!

Es que habíase entusiasmado ante la plegaria de la santita de Lixieux: "¡Oh, Jesús! te suplico que inclines tu divina mirada a un sinnúmero de almas pequeñitas, y te escojas una legión de víctimas pequeñas, dignas de tu amor". Y, como Jesucristo, también ella quiere dar su vida cuanto antes por las ovejas perdidas del aprisco del Señor. Ya lo dijimos, Sor Isabel no era una enfermera mercenaria.

Tan sólo contaba veintiséis años y Dios aceptó complacido el sacrificio de su vida, madura ya para el cielo.

Han transcurrido solamente dos meses desde este feliz día y la salud de Sor Isabel, hasta entonces tan robusta que brillaba en el cenit, comenzaba a caminar rápida a su ocaso.

De improviso, comenzó a sentir dolor de costado y mucho cansancio. Una tosecilla continua no le permitía descansar ni de día ni de noche. Sin embargo cedió la tos poco tiempo después; pero le seguían el cansancio y el dolor de costado que ella sufría, sin que se trasluciera nada al exterior.

No había duda: *el cielo había aceptado su oferta*, la heroica oferta de su vida, con la rapidez con que allí arriba se reciben los mensajes, cuando van envueltos en *mucho amor*. Así pensaba ella y lo hizo saber expresamente a dos hermanas suyas, que habían hecho al Señor el mismo ofrecimiento.

En el más hermoso caserío del contorno, precioso templo asomado a la cima del monte, fiel guardiana de los pueblos que a sus pies se extienden: Placencia, Elgoibar y, sobre todo, Éibar, vive la Reina del cielo en lo alto de Arrate, laureada con el niño bendito, con que el cielo honró su Inmaculada Concepción. La llaman la Madre Inmaculada de Arrate. Hace ocho y tal vez nueve siglos, que las madres vienen a ofrecerle sus hijos, para que Ella los guarde en su regazo. Y mientras en otros pueblos disputaban sobre el privilegio excepcional mariano de su Inmaculada Concepción, de la Virgen de Arrate contaban las madres a sus hijos, que los

ángeles la trajeron del cielo a una cuna, que solamente la meció Dios, mientras le cantaba: Toda hermosa eres, María, y no hay mancha alguna en ti. Que en la cuna le puso Dios un cetro, para que jugara con él, que la serpiente intentó enroscársele para morderle en el talón; pero que la Niña de Arrate puso su planta con energía sobre la cabeza de la víbora, aplastándosela para siempre al monstruo.

Así era en verdad. Sobre las sienes de la Virgen de Arrate siempre lució la más preciosa piedra de su corona: su prerrogativa de la Inmaculada Concepción. Ninguna sien coronada ostentó jamás en su corona semejante perla.

La madre superiora del asilo-hospital de Éibar gustaba de subir en verano a Arrate, a sus privilegiados huérfanos, para que, aspirando aquellos aires tan puros crecieran a la vista de la Virgen y aprendieran en caso de apuro a acogerse bajo su manto, como los pollitos bajo las alas de la madre. ¡Cuántas veces oyó la Madre de Arrate, desde su altar, plegarias sencillas y emocionantes de aquellos huerfanitos, cuando apenas habían comenzado a proferir algunas palabras!

Aquella mañana de primavera se detuvo en la campa, ante el pórtico de la Virgen un automóvil, del que salieron religiosas; vestían de blanco, el hábito de la Virgen de las Mercedes. Una de ellas era Regina, Sor Isabel.

Su superiora la mandaba a pasar santamente junto a la Madre de Arrate un día de honesto esparcimiento, interrumpiendo sus tareas caritativas a la cabecera de los enfermos; pero aquella subida al monte iba a tener mayor significado.

Sor Isabel se despedía de la vida terrena, pues ya le habían comenzado a llegar las primeras llamadas de que la requerían en el cielo.

De rodillas ante la Virgen, envióle ese canto de dolor, el lamento de todas nuestras miserias, que sube todos los días a

su trono como un gemido; pero al mismo tiempo, como un himno triunfal. Dios te salve, Reina y Madre. A ti clamamos los desterrados... Os claman nuestras miserias, nuestros descorazonamientos, nuestros temores ante la muerte y ante el mundo desconocido de la eternidad. Vuelve a nosotros esos tus ojos, esa mirada de Madre pura, como la aurora que ilumina y da paz a los ánimos. Y después de este destierro...

Cuando cantaron al final el canto a la Virgen de Arrate, en la estrofa hubo palabras que estremecieron a la imagen en su camarín. Se las cantaba su hija Regina: " Guzziok zerura juan gaitezen, Ama egizu". "Madre, haz que todos subamos al cielo".

La Madre de Dios se enterneció sin duda con aquel canto de dolor y confianza, que tantas veces resuena en aquellas alturas, y lo acogió para darle pronto cumplimiento. Pero antes de llevarla tan joven como la virgen de Lixieux, le obtuvo que, como su Hijo, también ella muriera en la cruz, que a esto además se había ofrecido Sor Isabel con toda la generosidad de su grande corazón.

A unos cuantos metros de la iglesia, sobre una graciosa colina que domina todos los alrededores, se eleva una cruz de piedra. Allí enderezó sus pasos Sor Isabel con sus hermanas en religión. La vista era evocadora... Contemplaron embelesadas el encantador paisaje que desde allí se divisaba... Aquella cruz iba a ser para Sor Isabel un símbolo y un emblema. Desde allí, desde la cruz de piedra, debía bajar a abrazarse con la cruz del dolor de la enfermedad, que le esperaba en Éibar, para inmolarse en ella hasta quedar consumado el sacrificio.

Aquella tarde, en el alto de Arrate, las compañeras de Sor Isabel advirtieron en la humilde religiosa una palidez y un agotamiento muy grandes. Bajaron de la campa a pie, enfervorizadas con la entrevista de la Madre de Dios y, cuando llegaron a Éibar, Sor Isabel tenía 38 grados de fiebre.

La madre superiora la hizo ver por los rayos X, y el médico acusó la presencia de la pleuresía con algo de líquido, ordenándole descanso y sobrealimentación.

La heroica víctima estaba persuadida de que su sacrificio había sido aceptado y que nadie detendría el brazo del sacrificador, como en el monte Moria.

Así era en efecto. El 2 de julio la obligan, por fin, a guardar cama, y en vista de que la tos reaparecía y la fiebre subía, determinaron hacerle un análisis, que se efectuó el mes de agosto, cuyo resultado fue positivo.

El terrible bacilo de koch había penetrado en sus pulmones y comenzaba su obra destructora, rebelde a los más eficaces y enérgicos tratamientos. Por ello tuvo que abandonar su humilde dormitorio del hospital y la religiosa compañía de sus hermanas en religión, para trasladarse al sanatorio. ¡Cuántas veces había subido por allí con su título de enfermera a desempeñar su misión de caridad, con el ardor que ponía en todas sus cosas! ¡Cuántas veces, olvidándose de sí misma y viendo a Dios en los pobres enfermos, se desvivió por procurarles en lo posible alivio y consuelo! Volvía ahora enferma como ellos, a dar su vida por ellos. En el segundo piso del sanatorio se recostó en la cruz que le señalaba Dios, atento a su ofrecimiento.

En los profundos silencios de sus largas horas de cama su alma meditaba sin estorbos. Poco antes de que la trasladaran al sanatorio, un pino robusto y alto, que se veía desde su lecho, entre las ruinas del convento de Concepcionistas Franciscanas, situado en la falda opuesta, le dio ocasión para las más oportunas consideraciones que trasladó al cuadernillo de sus notas: "*¡Oh árbol bendito!; desde el sitio en que estás ¡cuántas cosas no habrás presenciado..., cuando ese convento estaba en pie y las religiosas dentro de sus muros!*

Habrás visto almas fervorosas y almas tibias, como las hay en todos los conventos.

Habrás visto almas grandes, que no pensaban más que en servir a su Criador y Señor y amarle con locura.

Habrás visto también almas pequeñitas, que luchaban callandito, cuyo mayor sufrimiento sería soportarse a sí mismas con sus defectos.

Habrás visto almas tibias que, olvidadas de su fin principal no se preocupaban más que de sí mismas.

¡Pero..., mejor que tú lo veía Jesús...!

¡Cómo se complacería en unas y se entristecería en otras!"

Sor Isabel se describía a sí misma sin sentirlo, como un día se nos pintó a sí mismo Jesucristo, cuando propuso la parábola del Buen Pastor.

Pudiéramos decir, que ella había sido todo eso. Alma en los principios no todo lo fiel que el Señor la quería y alma después, sobre todo en Éibar, generosa y fervorosa. Su corazón amaba con locura a Jesucristo, mientras su alma "pequeñita" luchaba callandito en su interior, logrando la mayor victoria de aquella virtud que, para ella, era la reina de muchas otras, la mansedumbre. Soportarse a sí misma con sus defectos, era su mayor sufrimiento y su mayor victoria; virtud tan suya, tan de Cristo y la más varonil de todas,

Y adivinando con mirada profética, lo que le esperaba en el corto plazo de su vida, Sor Isabel seguía meditando con el pino del derruido convento y describiéndose a sí mismo: "*Él sigue creciendo. Está firme entre las ruinas y, a pesar de las circunstancias, no se inmuta, no vacila, sigue firme mirando al cielo, alabando a Dios su Creador y Señor. ¡Oh qué ejemplo de constancia y fortaleza en los combates de la vida!*

Hoy ha cambiado el tiempo; llueve torrencialmente; el viento con silbido asusta; pero, sin embargo, el árbol sigue en su puesto.

Este árbol es un pino robusto y alto; sobresale de entre todos los arbolillos que tiene a su alrededor, tiene un color precioso, un verde oscuro que sólo mi buen Jesús ha podido hacerlo.

¡Qué simpático es ese pino!

*¡Cuánto me habla de Jesús!
Éibar, 8-8-1939".*

Aquel árbol robusto entre las ruinas de su convento era ella, su alma firme dentro de un palacio hermoso, que comenzaba a desmoronarse y que, a pesar de la terrible enfermedad, no se inmutaba, no vacilaba, seguía firme, mirando al cielo, alabando a Dios.

Había cambiado mucho el tiempo; asustábale la perspectiva de una muerte atroz, después de una larga enfermedad, pero sin embargo ella seguía firme en su puesto, en el lecho de un sanatorio antituberculoso.

¡Oh, sí: sobresalía entre todas sus hermanas y sólo la podía haber hecho tan hermosa el buen Jesús! ¡Qué simpática era aquella alma!

¡Cuánto nos hablaba de Dios!

Mientras tanto iba corriendo la voz por las diversas casas de la Congregación, de que Sor Isabel estaba atacada del terrible mal. ¡Sor Isabel tuberculosa! ¡Imposible!, exclamaban todas las que le habían conocido, tanto en el noviciado, como en Madrid y en su última residencia. ¡Imposible! ¡Si era tan fuerte, tan robusta, si nunca estuvo enferma!

Y sin embargo la terrible noticia era una realidad. Unos meses antes de su muerte, extrañados los médicos de Madrid y del sanatorio de Tablada de la enfermedad de Sor Isabel, a la que habían conocido tan sana siempre, les pareció que no era posible fuera un caso desesperado, y que debían ponerse todos los medios para obtener su curación, para lo cual propusieron la llevaran allí o por lo menos enviaran alguna radiografía suya, a fin de poder apreciar su enfermedad.

La madre general escribió entonces a Sor Isabel, diciéndole lo que los médicos de Madrid habían propuesto.

La enferma se sentía inclinada fuertemente a decir que de ninguna manera desearía volver a Madrid, lugar en que su

alma había tropezado con obstáculos y peligros, que sólo un milagro de Dios pudo superarlos. Optó sin embargo por la postura más difícil, la santa indiferencia. Fiada pues en la obediencia, se contentó con exponer sencillamente sus razones, poniéndose después en sus manos, para que hicieran de ella lo que quisieran: Se había entregado y quería vivir *entregada*.

Como santa Teresita, no necesitaba ella resignación para morir, sino para seguir viviendo. Su vida era Jesucristo y precisamente el día de su muerte pensaba comenzar a vivir de verdad la vida de Cristo.

La reverendísima madre general le contesta desde Zumárraga: "La paz de Cristo en el reino de Cristo. Mi muy amada hija en Jesús, Sor Isabel: Al comunicarme de Madrid la opinión de los médicos, referente a su tratamiento, no dejó de preocuparme y así lo dejé todo en manos de nuestra Santísima Madre, para que Ella dispusiera su ánimo, como yo deseaba. ¡Démosle gracias, mi amada Sor Isabel! ¡No puede figurarse de cuánto consuelo me sirve su disposición! ¿Qué importa la salud, y qué importa todo? Lo único que merece la pena es: querer lo que Dios quiere y conformar así nuestra voluntad con la suya. Ha hecho bien en exponer todo con esa sencillez, así andará siempre segura... Gracias a Dios, que antes que todo, prefiere lo que debe preferir: vivir y morir en el amor de Dios. Vamos a dejarlo todo en sus manos; Él, que todo lo puede y está sobre toda la ciencia, espero y confío ciegamente que, si ha de ser para su gloria la salud, se la concederá y si no seguirá purificándola en la cruz, hasta subir a la cima del Calvario y morir en ella...

Anímese cada día más, siguiendo ese plan de vida... amando cada día más y más a su amante Esposo Jesús. Ofrézcale con generosidad todo cuanto le pida, y ofrezca algunos de esos sacrificios por su madre general, siendo así Cirineo. Viva siempre humildita; piense que por su parte, no

es, ni vale nada, y que si Dios le dejara un poquito de su mano, podía caer en cualquier precipicio. Siempre humildad y más humildad en todo.

La deja encerrada en la llaga del costado de Jesús y bajo el manto de Nuestra Santísima Madre, abrazándola en Ella, su amante madre, Sor María Aspe de Jesús”.

Con todo, se mandó a Madrid una radiografía y a su vista aseguraron los médicos, que no había curación posible.

Sor Isabel quedaba tranquila. Es verdad que el terrible bacilo le dificultaba cada vez más la respiración, pero a medida que ésta iba siéndole más dificultosa, aspiraba en un ambiente más sano, puro y sobrenatural.

IX

EN LA CRUZ

Ya estaba clavada en ella. El Sagrado Corazón, desde el altarcito colocado enfrente de su cama, presidiendo la habitación, parecía decirle: "Sor Isabel, no quieras temer a esos bacilos, que matan tan sólo el cuerpo, teme a los que pudieron matar tu alma allá en Madrid, en el momento en que las balas respetaron tu vida y las flechas del enemigo respetaron tu alma, porque Yo desvié sus disparos. En la cruz te despojaré de todo lo terreno, y te revestiré de mi mismo Corazón". Y el suave canto del Maestro de la montaña resonaba en lo más íntimo de su hermosa alma: "Dichosos los que mueren en el Señor". Morir en el Señor es morir al mundo y vivir para Dios.

Y qué feliz era tuberculosa. Nunca fue, como su divino Esposo, tan reina, como cuando reinaba desde la cruz de su enfermedad. Estaba herida de muerte y, lo que tanta impresión causaba a los demás, a ella la dejó en completa paz, no preocupándose de su enfermedad, sino con el único fin de cerciorarse de su incurabilidad.

"Si hasta entonces, nos dice una testigo, había sido fiel y generosa con Dios, desde que el Señor la distinguió con la prueba de la enfermedad, *se entregó a Él aún más por entero, siéndole ya, según confidencia suya, 'imposible negarle a Jesús cosa alguna'*. Su amor fino y delicado, espiaba, por decido así, todas las ocasiones de dar gusto a Jesús, buscando constantemente el modo de agradarle y hacer siempre lo más perfecto 'sólo por hacerle sonreír', como ella decía apropiándose las palabras de Santa Teresita.

El complacer a Jesús, el no rehusarle nada, llegó a ser *su idea fija, su obsesión*. Esto es amar. Su triunfo se califica".

Era su ideal hacer sonreír a Jesucristo, decirle que *"aun cuando no hubiera cielo yo te amara"*. ¡Y lo iba realizando tan de prisa desde que había caído enferma! El sacerdote que veló a su cabecera nos lo ha confirmado con santa emoción.

¡Cuánto admiraron sus hermanas las bellas virtudes que cultivó durante el tiempo de su enfermedad!

"Durante su enfermedad, dice una de ellas, su obediencia fue exactísima a las menores indicaciones de la madre y a las prescripciones de la Regla, adaptada a su estado de enfermedad. Su abandono en Dios completo y perfecto; su deseo de unirse con Jesús para siempre en el cielo amoroso y constante; su trato en extremo sencillo, alegre y amable con todas las hermanas, fruto de su virtud, pues le era preciso dominarse mucho para vencer ciertas antipatías naturales; hacía que todas las hermanas encontráramos verdadero gusto en estar a su lado, acudiendo también muchas a ella en busca de consuelo, apoyo, consejo, y ánimo para seguir adelante hacia la perfección. Su conversación predilecta era el cielo en el que estaba fijo su pensamiento y su corazón, porque allí le esperaba el Amado de su alma, a quien tan por entero se había entregado".

Su mortificación, a pesar de que ella con su habitual gracia se esforzaba en ocultarla, se revelaba bien claramente. No pudiendo ya usar, como cuando estaba sana, ni cilicios ni disciplina, propone poco después de caer enferma, 1 de septiembre de 1939, en sus apuntes espirituales:

Ya que no puedo ayunar, ni tomar disciplinas, etc.: mortificarme algo más en mi cuerpo, teniendo algunos ratos posturas incómodas; callando alguna palabra que me gustaría decir; no preguntando algo que me gustaría saber, por ejemplo, qué dice el médico de mi enfermedad.

Y un mes más tarde dice lo que sigue: *Hago propósito de no quejarme de las pequeñas molestias, por ejemplo del frío, del calor, de aquellos alimentos que, cuando estoy inapetente, no me agradan, etc.*

Y tal como lo proponía lo cumplía. Así lo atestigua su confesor y sus hermanas en religión, sobre todo las que han estado a su cuidado durante la enfermedad. Dicen éstas: "Era muy mortificada en todo; en la comida, no sólo no pedía nada, sino que tampoco demostraba más gusto por una cosa que por otra; no se sabía cuáles eran sus gustos. Ordenóle la madre, sobre todo poco antes de su muerte, cuando ya su estómago no podía resistir alimento alguno, que pidiese lo que más le apeteciera. Instada también por la hermana que la cuidaba obedeció; pero no sin sentirse después intranquila por ello: '*El demonio, decía a una de las hermanas, quiere ahora turbarme, haciéndome pensar que estos días en que he pedido algunas cosas, he sido causa de que hagan por mí gastos superfluos*'. Quedó tranquila, sin embargo, al recordarle que, si algo había pedido, había sido por *obediencia*. No se quejaba de nada, ni del calor ni del frío, y a pesar de ser muy sensible a éste, nunca buscaba alivio ni lo pedía, aunque lo aceptaba sencillamente, si se lo proporcionaban. Siempre quitaba importancia a su enfermedad y a sus dolores y molestias. Hasta los últimos días quería ella valerse a sí misma para todo, a fin de evitarnos trabajo, aun cuando sabía con cuánto gusto la cuidábamos".

La vida le pareció siempre como una carrera, en cuyo término brillaba su ideal, Jesucristo, y no precisamente salvar su alma, conquistar el cielo para sí, que esto hubiera sido buscarse a sí misma. Y ahora que veía llegar al término, corría más que nunca. Oigámosla en sus desahogos espirituales: "*No quiero más que lo que Jesús quiere, decía a una de sus hermanas, pero a veces siento tan grandes deseos de ir a verle, que tengo que hacerme mucha violencia, para no pedirle que me lleve PRONTO al*

cielo... y no se lo pido, porque no quiero forzar su voluntad, pero ustedes ya pueden hacerlo ¡pídanlo para mí!"

¡Si parecía que se moría de las ganas que tenía de ir a ver a Jesucristo!

Ya se ve claro: Sor Isabel seguía delicada con Dios, sin ser escrupulosa; pero no podía apartar su pensamiento de Él.

Dijo un día a una hermana:

"Estos días no hago nada. Me ha dicho don José, (arcipreste de Éibar, y confesor de la comunidad), que en vez de hacer meditación, esté todo el día con Jesús. La hermana le interrumpe: 'Y está así todo el día, ¿verdad?', contestó: 'Sí; estoy todo el día con Él, y ¡siento una dulzura solamente con decirle: te amo...! Además tengo grabado el pensamiento del cielo que, aunque empiece a pensar en otra cosa, termino aun sin darme cuenta, pensando siempre en Él'.

Y su cielo era Él, Jesucristo. Un día se sintió mejor, parecía que la enfermedad cedía. Llegó a sentirlo la enferma.

'¿Ve usted qué desilusión? (decía a una hermana). Después de estos días en que creí que la muerte estaba tan cercana, hoy me encuentro mejor'. Recuerde que santa Teresita, le advirtió la interlocutora, estaba conforme con vivir hasta los 80 años, si así lo quería Jesús". "También yo estoy conforme, pero ¡qué alegría pensar en la muerte! Al cielo, al abrazo de Jesús".

Y esto último lo repetía la enferma muchas veces hasta en los últimos días de su vida. Las almas grandes necesitan de un ideal grande, desinteresado; con san Pablo, tienen por divisa: "Mihi vivere Christus est". "Para mí la vida es Jesucristo", mejor en la eternidad que en el tiempo, porque allí lo poseeré más y mejor. Ya no lo veré de lado y como tamizado por su Santa Humanidad, sino cara a cara en un éxtasis sin fin.

Y sólo esto era lo que le daba pena: el ver retardado este momento.

“Sí, Jesús, escribía el 30 de enero de 1941, está hecho el sacrificio. Acepto con gusto, si así te place, el sacrificio de vivir muchos años padeciendo, sin ir a gozar de Ti, hasta que Tú dispongas. Bien lo sabes cuánto me cuesta resignarme a seguir en este destierro, ya que esperaba que muy pronto me vería contigo”. Se resignaba, pero sin que desaparecieran sus ansias de ver a Jesucristo. “Lo único que me alegra el corazón es el recuerdo de verle a Jesús cara a cara. ¡Oh cuánto tarda en llegar ese día!, lo deseo con ansia impaciente, lo espero por momentos, por segundos”.

Calenturienta, sabía por experiencia el ardor con que el enfermo sediento apura el vaso de agua fresca y proseguía: *“Con el mismo afán que un enfermo febril se lanza a un vaso de agua fresca y cristalina, quisiera lanzarme al vuelo por encima de todo lo que me rodea y me sujeta en este destierro, y no pudiendo desasirme de este cuerpo miserable, tengo que seguir cargada con su peso, luchar cada día con nuevos bríos sirviéndome de la fortaleza que Jesús me presta, pues si no, me sería imposible vivir más tiempo sin desfallecer y morir al fin, hasta que llegue el día feliz en que el buen Jesús se compadezca de esta pobre desterrada, que desea unirse con Él y pueda contemplarle y amarle sin fin”.*

Pero un día la alegría más sana se reflejaba en su rostro. Era el 1 de julio de 1941, tres meses antes de su muerte. Al ver entrar en su aposento a una de sus hermanas en religión, la recibió transportada de contento con estas palabras: *“Estaba deseando que viniera Vd. para darle una noticia muy alegre. Estoy mucho peor, ayer me sacaron una nueva radiografía y tengo dos cavernas en el pulmón, que hasta ahora estaba sano, de modo que están los dos deshechos. ¡Qué alegría! Con todo esto no es posible que pueda vivir mucho. No pasaré del otoño. Tal vez no cumpla los 28 años”.*

Anteriormente, el 27 de agosto de 1940, habíale comunicado la hermana enfermera muy conmovida, que no era posible practicarle la frenifectomía, con lo cual se perdía la esperanza de su curación. Bien grabadas habían quedado en el

ánimo de Sor Isabel las palabras, que le daban a conocer tan fausta nueva y se había apresurado a transcribirlas en el cuadernillo de sus apuntes íntimos. Dice así: *“Hoy me han dado la gran noticia. La hermana enfermera con lágrimas en los ojos me ha dicho: ‘Ya puede Vd. hacer el ofrecimiento de su vida. No le pueden operar, porque ha dicho el médico que su organismo no tiene defensas’. No me ha podido hablar más; se ha emocionado, Siempre Jesús se ha presentado muy bueno, más que bueno para mí; pero ahora es cuando veo más su ternura. Ya no sabe aun siendo todo un Dios, qué más discurrir para complacerme. Esto me confunde tanto, que no sé ni qué pensar, ni qué hacer. ¡Cómo se comprende que allí donde no ve más que miserias, es donde más le gusta obrar! Yo quiero sufrir mucho por su amor y de esta manera manifestarle con obras que le amo, que le amo mucho y que quiero amarle tanto como le tengo ofendido. Después que me han dado esta noticia, me veo aún más obligada que hasta ahora a serle fiel, pero no como quiera, sino con una fidelidad exquisita, sin perder ni un instante, ni un segundo. Jesús me llama y quiere que me prepare para ir con Él. ¡Oh! y ¿cómo pagarle estas delicadezas que usa conmigo mi amantísimo Jesús? Qué grabadas han quedado en mi corazón las palabras: ‘Haga el sacrificio de su vida’. Pero y ¿por quién sacrificar mi vida? ¡Oh qué grande! Por mi Dios, mi Autor, mi Padre, en fin, mi Todo... ¡Oh sí! lo tengo todo muy presente; las palabras, el lugar, el tiempo, la hermana. ¡Qué alegría he sentido en ese momento! He sentido que Jesús es bueno, buenísimo”*.

Aquellas paredes tan blancas y aquel Corazón de Jesús tan devoto de su enfermería escucharon diálogos los más paradójicos, según el mundo.

La hermana, a quien Sor Isabel ha anunciado tan alegremente los progresos de su enfermedad y su probablemente próxima muerte, muy apenada le dice:

"Cualquiera diría que le han dicho a Vd. que está completamente curada, al verle demostrar esa alegría".

"¿Sabe Vd. lo que le digo? que no tengo mérito, responde; tendría mérito si se me hiciera la muerte muy costosa y demostrara esta alegría; pero como estoy deseando ir al cielo..."

"Eso consiste en que se ha entregado Vd. y abandonado del todo a Dios y quiere lo que Él quiere".

"Sí... eso sí que es verdad".

"¿Y si curara?"

"Créame que al saber que los médicos de Madrid se empeñaban en curarme, tuve pena, pensando si lo conseguirían; pero después me vi contenta de vivir, para reparar los malos ejemplos que he dado. Sí; por lo único que tendría ilusión de curarme, sería por demostrar, con mi ejemplo, lo que debe ser una buena religiosa. ¡Cómo sería! No dejaría pasar en mí ni la más pequeña cosa que pudiera ser imperfección".

¡Ah! el mundo no tiene oídos para entender tales razonamientos, que son un eco fiel de la paradoja del sermón de la Montaña, y sólo se pueden entender, si nos ponemos cara al cielo.

"No dejaría pasar en mí la más ligera cosa que pudiera ser imperfección", repetía con frecuencia; y en eso se había esmerado y en eso había trabajado sin descanso desde su venida a Éibar. ¿Cómo no había de huir de las imperfecciones la que sólo anhelaba: "dar gusto a Jesús, hacerle sonreír"?

La maledicencia, el último defecto del que se corrigen aun las almas piadosas, no la conocía ya.

En el mundo se celebra con énfasis el placer de verse, pero esta felicidad no la entienden, sin el placer de hablar mal del prójimo, sobre todo en las confidencias. ¡Nos gusta tanto demoler! Se diría que a medida que destruimos la reputación ajena, nos elevamos sobre sus ruinas.

Sor Isabel había alcanzado estas alturas, que parecen inaccesibles a la fragilidad humana, inclinada de suyo a juzgar y hablar mal del prójimo. Ya se podía hablar de la persona más

mala. Ella siempre encontraba alguna manera de disculparla.

"Recuerdo, dice una de las hermanas, que hablando yo una vez con ella sobre lo difícil que es no caer algunas veces en estas faltas de caridad, por lo menos en las pequeñas, me dijo: *Le voy a decir una cosa que a mí me ha dado muy buen resultado. Antes, cuando alguien hablaba algo contra la caridad delante de mí, procuraba yo con evasivas cambiar la conversación; pero ahora he adoptado otro medio mejor, y es decirle claramente: 'Vamos a hablar de otra cosa, porque esto es falta de caridad'. Y le aseguro que no se disgustan, y sobre todo no me vuelven a hablar así*".

Era una de esas almas finas de las que todos saben, que no admiten semejantes confidencias.

"Sin embargo, un día, durante su enfermedad, continúa la misma, en que había estado comentando con una hermana las rarezas de carácter de otra hermana, con quien había vivido en Madrid, a pesar de que este comentario fue en son de broma, y no de crítica, tuvo después mucha pena y me dijo: *'Hoy he faltado a la caridad'*. Me refirió luego lo que había hablado, añadiendo: *Ya le he dicho a Jesús: ¿Ves?, si me hubieras llevado ya al cielo, no te hubiera ofendido ahora. Si quieres que no te ofenda, llévame pronto porque si no volveré a hacerte otra 'trastada' de estas*". Y después, en cuanto vio a la hermana, con quien había tenido la referida conversación, le dijo: *"Sor, ¿no tiene usted pena de lo que hemos hablado antes? Yo, ya le he pedido perdón al Señor..."*

¡Con qué amabilidad y agrado recibía siempre a las hermanas, cuando iban a verla! Y sin embargo, hacia el fin de su vida, esto era para ella un sufrimiento, por el enorme esfuerzo que tenía que hacer, para poder conversar con ellas. Cuando ya no podía más, apoyaba la cabeza en sus manos y escuchaba..., pero cuando le hablaban de cosas espirituales, rogaba a las hermanas volvieran, para seguir hablando de Dios a pesar de lo penosa que le era toda conversación, a causa de

sus sufrimientos y del extremado agotamiento en que se encontraba.

El terrible bacilo de Koch, no sólo había destrozado sus pulmones, sino que igualmente le había originado una tuberculosis intestinal, que le obligaba a levantarse algunas noches hasta trece veces. La solícita enfermera, rogábale que no se levantara; pero Sor Isabel que se estaba consumiendo en aras de la caridad, quería pasar sin molestar a los demás.

Unos veinte días antes de su muerte, la encontró en el pasillo levantada el confesor, el cual nunca pensó, aunque por otra parte conocía bien la heroicidad de Sor Isabel, que llegara hasta tanto su caridad y le mandó que no volviera a levantarse más. Sor Isabel obedeció. Para ella la voz de su confesor era la voz de Dios. Por eso cuando, estrujada ya en las garras de esta enfermedad atroz, eran tan vivos sus dolores y tan angustiosas las noches que pasaba, sin hallar descanso, ni tregua alguna en sus padecimientos, determinaron inyectarle calmantes, Sor Isabel no quiso admitirlos, hasta haber oído de labios de su confesor, que en aceptar tales alivios no había ninguna imperfección, puesto que únicamente se buscaba con ellos hacerle algo menos penosas aquellas interminables horas de sufrimiento.

Cuando el confesor bajaba del sanatorio, después de oír en confesión a Sor Isabel, al saludar a la madre superiora felicitábale, porque tenía un ángel en casa. Y unos días antes de su muerte, después de haberle administrado el Santo Viático y la Extremaunción, dijo muy conmovido a una de las hermanas: "¡Ya se nos va Sor Isabel! Lo siento, más que por nadie, por ustedes, por la comunidad, para la cual su ejemplo no ha podido menos de ser de gran edificación".

¡Qué a prisa iba granando aquella espiga herida tan de lleno por el sol del sufrimiento que Dios le enviaba! Ya había llegado a ser una hostia viva, que se ofrecía constantemente al

al Señor; aquel lecho era más bien un altar... Una noche la enferma no podía conciliar el sueño, y su alma pensaba en otra noche más oscura, en que yacían envueltas constantemente sin auroras, ni crepúsculos, tantas naciones paganas y trató de esclarecer aquella cerrazón con la luz de sus oraciones y sacrificios. Al punto la oración brota espontánea, fervorosa, en su alma avalorada por el sufrimiento:

“¡Padre Eterno!, dirigid vuestra mirada a esas lejanas tierras, donde hay tantas pobres almas que no tienen la dicha de conoceros y amaros, porque aún no ha llegado ningún misionero que evangelice vuestra santa doctrina.

Dirigid otra mirada a vuestro Hijo Jesús pendiente en la Cruz, derramando hasta la última gota de su sangre por todo el género humano.

Y dirigid también otra tercera mirada a esta pobre alma, que se halla en este lecho de dolor, contemplando desde él el hermoso cielo que algún día, por vuestra gran misericordia, espera poseer.

Y después acoged el sacrificio de esta sierva, que ofrece gustosa su alma y su cuerpo, para lo que Vos queráis, con el fin de que esas pobres almas os conozcan y os amen; y con este fin os ofrezco desde este instante todos los pensamientos, palabras y obras, todos los latidos de mi corazón, todas las pulsaciones, todos los movimientos de mi organismo, todas las pequeñas contrariedades que se me presenten y también todas aquellas alegrías y consuelos que queráis enviarme”.

Detente, lector amado, y vuelve atrás tu mirada.

Es ésta, aquella joven religiosa, que salía un día, pisando sobre lirios y rosas, y captando las simpatías de los beneficiados por su caridad; es la que en Tablada llegó a ser, por sus gracias y exquisitos servicios el "idolillo" de los agradecidos enfermos, que la adoraban con agrado de ella; es la que en aquel Madrid revolucionario del 36, lejos del ambiente conventual, estuvo a punto de perder el equilibrio de su vida religiosa; es la que durante más de seis años, luchó en

un peligroso vaivén entre la naturaleza y la gracia, entre el amor de las criaturas y el amor de Dios.

Y es ella misma hoy, la que, puesta entre la vida y la muerte, en una insuperable indiferencia, ni le importa vivir, ni morir, y si acepta el vivir, es para "reparar los malos ejemplos que ha dado", y si anhela morir, es porque tiene ansias de entrar en la posesión de su Amado; es la que ahora, con plena deliberación y firme voluntad, ha hecho la oblación de su vida a Dios, puesta, como pequeña hostia, en las manos libres de Jesús, para lo que guste hacer de ella; la que ha convertido el dolor en gozo, y quiere sufrir, para probar a su Amado la verdad de su amor, clavada en la cruz de su enfermedad por todo el tiempo que Él quiera, añadiendo el sacrificio de vivir así muchos años, con tal de amarle con probado amor; es la que nada quiere negar a Jesús, por costoso que sea, pues aunque no hubiera cielo ella le amaría; es la que ha dicho: "quiero sufrir mucho para amar mucho a mi Amado, quiero serle fiel, con fidelidad exquisita, sin perder un instante"; es la que ya no tiene propia voluntad, ni querer, ni propio gusto, ni afición a nadie ni a nada; no piensa, no juzga, a nada se inclina; bástale Jesús y su santísima voluntad, su querer, su agrado, su gusto...

¡Oh, lector! He ahí el poder de la gracia, la fuerza del amor.

¡Qué maravillas obraría en ti esta gracia y este amor, si a ellos dejaras obrar libremente por medio de una generosa *entrega* de tu corazón a Dios!...

X

ÍNTIMAS PURIFICACIONES

Cuando parece que el alma ha terminado su difícil tarea de purificar el corazón de todo afecto humano, comienza Dios su labor purificadora, que es, en comparación de la primera, inmensamente mayor, más profunda y más sutil. Dios la estaba purificando en primer lugar por la terrible enfermedad que, poco a poco, pero progresivamente, iba desfigurando su cuerpo, antes tan sano y en la flor de la edad.

Era aquello una jugada amorosa, pero costosa de su Amado. ¡Era tan joven...! ¡La naturaleza la había creado tan reina! Bien se vislumbra esta agonía por unas palabras que profirió, cuando supo que una de las hermanas había tenido la primera hemoptisis. Cuando Sor Begoña cayó enferma, tuvo el consuelo de oír de la dulcísima compañera estas palabras, que obraron en su espíritu como el más poderoso calmante: *"Al leer esta mañana la meditación me he acordado de usted"*. Había meditado sobre aquellas palabras: "Esto dice el Señor Dios: maldito el hombre que confía en el hombre y pone en la carne su fuerza y aparta del Señor su corazón... Bienaventurado el corazón que confía en el Señor y el Señor será su esperanza..."

"No quiero decir con esto, le decía, que yo crea que usted desconfía ni mucho menos; pero debido a las circunstancias en que se encuentra usted es muy natural esté algo preocupada con el pensamiento de: ¿Qué serie de mí? ¿qué me tendrán que hacer?, etc., etc. Abandono completo en sus manos... Él nos ama mucho y sabe lo que más nos conviene. Ya sé que usted no tiene necesidad de que yo le

diga esas cosas; pero también sé la impresión que causa esta clase de jugadas que el Señor tiene con las almas”.

Al principio de su enfermedad, algunos días en que la naturaleza se resistía al peso de la cruz, repetía muchas veces: *“No me pesa no, de haberme ofrecido a Jesús”.* Y yendo a la capilla, le decía al Señor: *“Aquí me tienes, hágase tu voluntad. Aunque me veas tan frágil, soy la misma de AQUEL DÍA en que me ofrecí”.*

Y la mano invisible de Dios la purificaba también en el alma. Abramos su corazón. Éste parecía que se había vuelto estéril, sin que brotara en él ninguna flor, mientras su alma se sentía como alejada de Dios; y Jesucristo, su ideal, que con tanta dulzura le atraía hacia sí, palidecía ahora, se esfumaba, desaparecía. Parecíale que vacilaba su fe. Volvíase a Dios, pero Dios se hacía sordo a su llamamiento y sus gritos de auxilio se perdían en el vacío. Pero Sor Isabel permanecía invariablemente fiel a Jesucristo, que se le escondía para probarla, para purificarla por completo.

Un día escribía en sus apuntes lamentándose, en su lecho: *“¡Qué triste sería el destierro sin fe! ¡Cuántas espinas punzan mi corazón! Pero qué feliz es el alma que sufre, cuando sufre por Aquel que antes ha sufrido por ella. Jesús se ha escondido. Grandes temores atormentan a mi alma, sin que nadie ni nada logren disipar mis tinieblas. Es un martirio tal, que no hay quien pueda mitigar su dolor. Pero sufro con Jesús que está escondido. Sufro sin consuelo. Me atormenta el continuo pensamiento de ofenderle a Jesús en todo. Busco a Jesús y no lo hallo. Miro al cielo y lo veo cerrado. ¿Cómo así me atormentas Esposo mío, como si mi dolor no te importase nada? ¿No ves que sin Ti me muero?; compadécete de mí, Jesús amado; mas si quieres que sufra así mi martirio, dame fuerzas, dame aliento, dame amor capaz de afrontar el tormento que padezco y luego ya no temo nada. Aunque te escondas te buscaré; aunque me atormentes te seguiré; si no me escuchas te clamaré; si me olvidas dejándome sola te esperaré hasta que te acuerdes de nuevo. Así pasará mi destierro en la*

tierra, hasta que llegue el día de verte para siempre cara a cara en la mansión eterna. ¡Oh!, ¡qué feliz aquel que ya no temeré perderte!"

Pero le iba costando lo indecible aquella prueba. *"De tal manera me encuentro, que hasta se me ha ocurrido decirle a Jesús, que Él pasó por todos los sufrimientos, menos por éste que yo paso, pues nunca tuvo Él temor de perder a Jesús".* Y la queja amorosa que Jesucristo dirigía a su Padre en Getsemaní, la traducía ella y la reemplazaba por esta otra: *"Ya se conoce que no has pasado por esta prueba, Jesús mío"*. Si bien es verdad, que Jesús pasó por otra más cruel, el abandono de su Padre: "Padre, ¿por qué me has abandonado?"

La lucha era intensa y sus labios, en cambio, sonreían. ¿Por qué?; tiene un cuadernillo ya manoseado que le guarda sus secretos, y cuando arrecia el vendaval, sentada sobre la cama, lee en su primera página: "Por Ti sonríó"... Un Niño Jesús, sentado también como ella, le sonríe mientras le alarga sus brazos para abrazarla. Es una estampita pegada al papel, y debajo... el secreto de la perenne alegría de aquellos labios benditos. Unos versos que así rezan:

¡Cuántas veces de pena lloraría
si no oyera a Jesús
que me dice que quiere que sonría
aunque sienta la cruz!

Esta cruz que me pesa a veces tanto,
que no puedo seguir...
quisiera desahogarme con el llanto
y debo sonreír.

¡Pero Jesús lo quiere, y yo lo haré!
Que ésta es mi divisa:
¡Complacerle! y siempre yo estaré
con la misma sonrisa.

Moría sonriendo y sus labios diríanse dos lirios, movidos por la brisa, que exhalaban el suavísimo perfume de un alma hermosa, que se iba hacia el Señor.

Pero si como el pájaro sabía gorjear entre las espinas, el timbre de su voz era más suave, cuando cantaba en la consolación; Jesús jugaba con ella al escondite, para probarla; pero Sor Isabel daba con Él y entonces sus ojos se iluminaban como estrellas y su alma volaba como una saeta hacia Dios.

“La tarde del 5 de diciembre de 1940 me hallaba en cama en la soledad de mi habitación, y de pronto sentí un deseo, un ansia de amor. Al mismo tiempo se me presentaron en mi mente todas aquellas personas que yo amaba, vi claramente que ninguna de ellas satisfacía la sed que sentía mi interior... Y mirando la imagen, que tenía frente a mí, del Sagrado Corazón de Jesús, me pareció que con una mirada amorosa me decía: ‘No busques amores en la tierra, cuenta sólo con mi amor. Yo soy el único que puedo llenar tu corazón y NADIE MÁS’ Y al momento le dije: Jesús mío, tomo la firme resolución de no interesarme, más de lo debido, por aquellas personas hacia quienes mi corazón se siente algo inclinado. Desecharé todo pensamiento que distraiga mi amor hacia Jesús y esto lo tomo en espíritu de penitencia, por haber pasado tanto tiempo sin amarle”.

Las desconsoladas hermanas en religión de Sor Isabel aprovechaban, sobre todo el descanso dominical, para entonar sus espíritus a la cabecera de su santa hermana y allí volaban colmándola de atenciones. Sor Isabel les pedía que cantaran plegarias a su Madre y las acompañaba también ella mientras le fue posible.

Una de ellas había sido favorecida del cielo con una voz, que hacía pensar en los ángeles, y rogábale muchas veces la enferma que le cantara las "Ansias de san Pablo". Sor Isabel, sin poder ocultar el gozo que le rebosaba en aquel corazón tan puro, tan de Dios, escuchaba:

¿Quién me librerá, Dios mío,
de este cuerpo, que es de muerte,
porque las ansias por verte
me oprimen el corazón?

¡Quién me diera volar presto
hacia el venturoso cielo,
pues mi gozo y mi consuelo
lo tengo cifrado en Vos!

Ataduras de carne, dejadme ya
que este cuerpo me estorba para volar;
llévame ya, Dios mío, ya por favor,
que hacia Cristo me impelen
las ansias del amor.

Ni la vista pudo ver
ni los oídos oír
lo que Dios ha preparado
para después de morir.

En la patria celestial,
dulce y hermosa mansión,
gran peso de gloria eterna
nos dará Nuestro Señor.

Sor Isabel dudaba: ¿Estamos en la tierra o en el cielo?; momentos de emoción sensible, dejos de Cielo.

Pidióle a la caritativa hermana, que se lo cantara también a la hora de la muerte, pero Dios no quiso darle entonces este consuelo sensible; mientras ella, en el estertor de la agonía, cantaba el himno a la muerte del justo, su hermana, la de la voz de cielo, susurraba en la montaña mariana, a los

pies de la Madre de Arrate, al son de sus silenciosas lágrimas, el "Ave María". Al despedirla para subir a Arrate, pidióle la enferma una oración a la Virgen, para que la llevara pronto al cielo, si era su voluntad y al contestarle la que partía: "Le pediré todo lo que usted quiera menos eso", Sor Isabel, levantando los ojos a lo alto, dijo: "*Señor, no se haga como yo quiero, sino como Vos*".

Durante los dos años que estuvo enferma en cama, se levantaba los domingos a oír misa, y cuando ya se supo cierto que su enfermedad era incurable, pidió permiso a la madre, para ir algunas veces durante el día a la capilla. Allí hubiera querido permanecer hasta morir, de rodillas, con las manos juntas, consumiéndose lentamente a los pies del sagrario, como la lámpara del Santísimo. ¡Cuánto más al vivo hubiera indicado ella con su recogimiento a los fieles la divina presencia del Anonadado de la blanca hostia! Aquellos sagrarios habían sido el centro, el sol, el alma de su vida piadosa, que giró siempre en torno a la Eucaristía, como en nuestras catedrales todo converge hacia el santuario y el santuario hacia el tabernáculo.

Ya no podía arrodillarse junto a sus hermanas, ni unir la voz a sus cantos. Debía quedar en el coro, en el lugar reservado a las enfermas, desde donde la reina de la caridad, esclava del Señor, dirigía a su Amado miradas de amor. ¡Qué agradecida le estaba a Jesús de su sagrario! ¡Había vivido tantos años con Él bajo el mismo techo casi pared en medio! Allí, mientras ella dormía, velaba con sus ángeles; mientras se dirigía a sus ocupaciones, la seguía con su mirada sin perderla un punto de vista, y hasta, cuando ella le olvidaba, le recordaba Él, la esperaba Él. Necesitaba también ella un compañero en el viaje de su corta carrera, y lo había sido Él y seguía siéndolo todavía, atenuándole sus nostalgias del cielo y enjugándole sus lágrimas de desterrada.

"¡Oh, cuánto tarda en llegar ese día!", escribía, desahogándose, el 26 de enero del 41, nueve meses antes de morir, y, refiriéndose al día de su muerte: "lo deseo con ansia impaciente, lo espero por momentos, por segundos". Pero aquellos ojos, ensombrecidos por la nostalgia, los fijaba de pronto en el sagrario, retirándolos del cielo y respiraba contenta: "Pero, ¿qué digo? también tengo aquí a quien descubrir mis ansias... pensar que Jesús me atiende y se ocupa de mí... ¡oh Jesús amor!, ¡amor!, ¡loco de amor! Aquí es donde encuentro lo que deseo, Jesús en el sagrario, Siempre está aquí, sin que se ausente nunca. ¿Qué más puedo desear mientras dure esta prisión?".

A veces, y más entonces extenuada, cansada, sentíase sin fuerzas para seguir la cuesta del calvario, pero la voz del compañero de viaje de su vida la animaba, presentándole aquel pan misterioso: "Surge et comede", "levántate y come" que te queda mucho por andar. Y con aquel pan sentíase tan animada, tan vigorosa en sus miembros heridos por la muerte, tan entera en su corazón destrozado por penas interiores.

La comunión la recibía todos los días en su lecho a las primeras horas de la mañana,

"¡Oh, qué solemne momento, escribía en sus apuntes, cuando mi Jesús viene al lecho de mi dolor a buscarme con tanto amor, allí donde Él mismo me ha dejado. Para mí no hallo otra hora más consoladora, que ésta, en que puedo unirme con Él y puedo, sin ningún reparo, contarle todas mis cuitas. Es un instante éste que no sé cómo expresar con palabras lo que en él se siente, Él está en mí y yo estoy con Él. Pero Jesús ¿cómo te acuerdas de mí para venir a visitarme? Y sin Él, ¿qué sería de mí?, me veo tan ruin, tan miserable, que temo ofenderle más con recibirle. Mas... cuando me acerco, tal fuerza siento, tal alivio..., siento que en Él me transformo y me da aliento para sufrir el destierro, unida a Él hasta el postrer aliento. Le cuento mis luchas, mis penas, mis alegrías, las preocupaciones todas que me atormentan y Él siempre me atiende y, sin cansarse nunca, siempre me recibe. Amándole a Él no temo

ofenderle. Hablándole a Él no faltó al silencio, desahogándome con Él no hiero a nadie. Alegrándome con Él no me entristezco. Sufriendo con Él, no me abato. Ya desde ahora, toda contigo, Jesús, pondré toda mi dicha y afán en que Tú seas amado y conocido, alegrado, consolado, honrado y no olvidado, ni ofendido ni entristecido. Y Tú, en cambio, dame tu amor y tus sufrimientos, para que los dos unidos, vivamos amando".

Era que Jesucristo había soñado con algo más íntimo que acompañarla en el camino,

En la escalera de su convento, santa Teresa encontró un día un niño de una admirable belleza; la santa extrañada: "¿Quién sois, le dijo, y cuál es vuestro nombre?" "Decid primero vos el vuestro", replicó el infante, "Yo soy Teresa de Jesús" "Y yo Jesús de Teresa".

Esta misma unión tan íntima se había realizado entre Jesús y Sor Isabel. Eran concorpóreos, consanguíneos, partícipes de la misma naturaleza y de los mismos sentimientos; la vida de Jesucristo se transparentaba a través de aquella pobre enferma, que entonces, más que nunca, comenzaba a vivir de Cristo y en Cristo.

Una hermana tuvo el acierto de presentarle unos versos tomados del libro del Padre Arintero, *Grados de oración*. Los leyó, nos dice la interesada, y llena de alegría, me dijo: "¡Qué providencia de Dios! Esto es precisamente lo que yo siento". Y agradeciéndolos mucho se los guardó. Los versos decían:

Viviendo estoy en el fuego
y el fuego lo siento en mí
más siento un frío y un hielo
cual jamás yo lo sentí.

Vivo metida en el todo
y siento este todo en mí
y a la par siento una nada

cual jamás yo la sentí.

En la plenitud me siento
siento que me llena a mí
con todo siento un vacío
cual jamás yo lo sentí.

Siéntome dentro de Dios
siento a Dios dentro de mí
y de Él me siento tan lejos
cual jamás yo me sentí.

En su santidad me siento
y su santidad en mí
y me veo tan culpable
cual jamás yo lo sentí.

Siento tinieblas y luz,
pena y gozo en un momento
paz y guerra, muerte y vida
felicidad y tormento.

Y al querer mejor decir
o mi gozo o mi penar
lo mejor que acierto a hacer
es olvidarme y callar.

"Precisamente lo que yo siento, repetía, y jamás lo hubiera podido expresar".

Abrasado su corazón en santos ardores, ¡qué hermosa era su vida, y qué dulce iba a ser su muerte! Pero antes la obra purificadora de Dios en aquella hermosa alma debía consumarse totalmente.

Hasta ahora, a pesar de las pruebas por las que pasó su espíritu, sentíase sin embargo en extremo feliz en el sufrimiento. *"Estoy contentísima en el cielo de la tierra"*, exclamaba en su lecho de dolor. "Estará contenta ahora que sufre más..." decía una de las hermanas, cuando ya sus sufrimientos iban creciendo cada vez más y envolviéndola como en una ola de dolor y de amargura. *"Sí, respondía, ahora es cuando verdaderamente estoy contenta"*. *"Cuando sufro es cuando estoy contenta, cuando no sufro me parece que no hago nada, que pierdo el tiempo"*. Éstas eran sus expresiones cuando se expansionaba en la intimidad.

Pero Aquel que la había escogido para víctima, quiso asociarle a todos los padecimientos de su pasión. Sufrimientos físicos indecibles; y en cuanto a su alma, disipada ya aquella noche del espíritu por la que atravesó durante gran parte de su enfermedad, al aproximarse la consumación de su martirio, hízola el divino agonizante participar también de su agonía, agonía sin mezcla alguna de consuelo.

Toda aquella alegría que antes experimentaba en el sufrimiento, nos dice una de las hermanas y a quien ella mucho se confiaba, se trocó en oscuridad y una especie de insensibilidad en extremo dolorosa, para esta alma tan delicada y amante. Nada turbaba su paz, pero al no sentir como hasta entonces, gozo en el padecer, sufría pareciéndole no sabía llevarlo bien. *"Pidan para mí FORTALEZA, decía, porque, si no confiara tanto en Jesús, temería no saber llevar bien el sufrimiento que a veces ¡es tan grande!"* Sin embargo, su voluntad unida íntima y estrechamente a la de su Dios, sobreponiéndose al sentimiento de la naturaleza, se alegraba sobrenaturalmente en sus crueles sufrimientos. Repetía muchas veces: *"Sufro muchísimo, el cáliz está lleno hasta el borde, y todo, todo es amargura, pero añadía con la santa de Lisieux, no quisiera sufrir menos de lo que sufro"*. *"Si el Señor no me ayudara, no podría más..."*

pero Él me ayuda y me da fuerza, y tengo la seguridad de que Él no ha de faltarme". "A pesar de esos ratos, en que me parece que no puedo más, me siento muy contenta de sufrir tanto, pero pidan a Jesús que me lleve ya". Un día dijo a una de las hermanas: "Algunas veces me parece como que Dios me ha dejado de su mano, pero ya sé que está aquí, muy cerquita, si no, no me haría sufrir tanto".

Permitió también Dios que esta última temporada, *todo* fuera para ella motivo de sufrimiento físico y moral, hasta lo que antes más le consolaba y agradaba. *"¡Cómo me está privando el Señor de todos los gustos, decía, pero de TODOS! Se ve que quiere probarme en todo, hasta en los más pequeños detalles". "Todo lo que antes me servía de consuelo, ahora no me da ninguno. No tengo consuelo de ninguna clase." "¡Qué bien se desprende así de las criaturas!, no hay nada que me dé pena dejar. Estoy desprendida de todo...; no siento más que deseos de morir, para ir al cielo y dar un abrazo muy fuerte a Jesús".*

Lector, no hay santidad sin unirse a Dios, hay que arrancarse de las criaturas, de lo que no es Dios... ¡Oh, el mundo!, el mundo nos fascina, y nos arranca de Dios. Si quieres buscar y gozar de Dios, deja las criaturas, deja todo lo que no es Dios.

XI

EN EL UMBRAL DE LA ETERNIDAD

Y la esposa de Jesucristo, alimentada a diario con la carne virginal de Cristo, llega por fin al término de su vida de inmolación continua.

Como las hermanas de Lázaro, envíele emisarios al sagrario, al Jesús de su Eucaristía: decidle que aquella a quien Él ama, está enferma y no puede levantarse más, para ir a Él.

Y Jesucristo, recorriendo para llegar a ella, aquel mismo camino que tantas veces lo había andado la enferma, durante los dos años de su enfermedad, fue a buscarla en su lecho de muerte, para acompañarla esta vez a la eternidad, al descanso.

Iba en manos del señor arcipreste D. José Aguinaga, confesor de la enferma, y acompañábanle las hermanas de Sor Isabel, con cirios encendidos en las manos y con lágrimas en los ojos. No lloraban porque se les iba, que iba al descanso; lloraban porque se quedaban sin ella.

Y ¡cómo se debió enternecer Jesús cuando la vio en el lecho tan desfigurada! En el cementerio de Betania le saltaron las lágrimas, al ver que su amigo era cadáver. Allí se encontraba con su Esposa tan distinta de cuando la vio dos años antes a los pies de su sagrario, en el día de su total y perpetua entrega. Coronada de rosas entonces, vestida de blanco, alta, modesta, humilde, resaltaban sus dotes naturales como nunca en la primavera de sus 26 años. Dos no más, habían pasado, y allí la tenía de nuevo tan marchita, sin luz en los ojos ni esmalte en los labios, ni color en las mejillas. ¡Pobre Regina..., siempre tan reina, ahora tan ajada!

Pronto el sacerdote trazaba sobre ella la señal de la cruz con la blanca hostia en la mano y Jesús penetró en su santuario.

¡El viático de Sor Isabel! No era ya la humilde mujer del Evangelio que tocaba tímida el ruedo de la capa del Señor, ni María Magdalena, que bañaba con sus lágrimas los pies del Buen Pastor, ni san Juan, apoyado sobre el pecho de Jesús, mecido dulcemente y arrullado al mismo tiempo por los latidos de su amante Corazón, no; aquella unión era más estrecha, la más estrecha que el amor más apasionado hubiera podido soñar jamás; era Jesús en Sor Isabel.

Las hermanas se retiraron rezando el "Te Deum", en acción de gracias; Sor Isabel se iba, se la llevaba Jesucristo. Más de una enjugaba lágrimas, lágrimas que brotaron irresistiblemente, cuando vieron que aquella religiosa, tan inocente antes de recibir al Señor, pedía perdón a la madre y comunidad, allí reunidas, por sus malos ejemplos. Entretanto en los pabellones cundía la pena y de todos aquellos corazones agradecidos subía al cielo la plegaria: Señor, prémiala ya con el eterno descanso.

Fuera habían empezado ya a caer las hojas, azotadas por el otoño que comenzaba... Con las hojas de este año había de caer también ella al sepulcro.

Después del santo viático, Sor Isabel expresaba a su compañera de sufrimientos, Sor Begoña, su gran confianza en la infinita bondad de Dios: *"¡Es tan bueno",* exclamaba, *¡qué tranquila estoy, qué felicidad, si fuera pronto el fin!, ¡qué ganas tengo de ir al cielo, para dar un abrazo muy fuerte a ese buen Jesús!; me echaré a sus pies, los besaré y le diré: te he ofendido mucho, pero te amo".*

Al día siguiente, vuelve a repetir lo mismo y casi se extraña de su tranquilidad: *"Con decirles, repetía a sus hermanas que no le dije ayer ninguna falta, al confesor...;*

no recordaba ninguna y nada me intranquilizaba”.

Y llega el 12 de octubre, víspera de su muerte. Por la mañana no puede comulgar ante el temor de devolver la sagrada forma, como le ocurre al tomar unas gotas de agua solamente. Expresa después su pena, y Jesús le consuela, haciendo que pueda recibirle más tarde, a las once de la mañana, de manos del confesor que ha venido a verla.

Las hermanas, que se disputan la dicha de cuidar de la fervorosa religiosa, han colocado sobre su cama y ante su vista una estampa y reliquia de santa Teresita y otra que representa a la Santísima Madre de las Mercedes.

"Alégrese, Sor Isabel, le dijo una de las que más intimó con ella, ya llega lo que tanto había usted deseado". "*¡Ah, si fuera así...!*, respondió, *pero todavía tengo energías, no moriré tan pronto*". (Vivió aún más de veinticuatro horas).

Le traen, por orden de la madre, el crucifijo de la indulgencia plenaria para la hora de la muerte. Sor Isabel comenzó a besarlo, sin cesar, hasta morir, junto con la estampa y reliquia de santa Teresita.

La estampa de la Virgen de las Mercedes... ¡con qué amor la miraba!, ¡qué de recuerdos evocaba en su mente aquella santa imagen! Aquella Madre tan buena, nunca la había dejado de su mano.

Y el crucifijo... ¡con qué ardor lo besaba! De pequeña, a los pies del crucifijo, le hizo concebir al vivo su santa madre la malicia del pecado y aquel odio implacable a él que no la abandonó jamás. Ante aquella imagen de la Virgen, en los días de adolescencia, había oído la voz de Jesús, convidándola a una más alta perfección: "qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué debo hacer por Cristo". Y para mejor seguirle, a los dieciséis años, cuando la vida más le sonreía, lo dejó todo... Y ahora, con qué sed de verlo pronto en el cielo, lo mira y lo besa incansable.

Las palabras que sus labios reseco pronunciaban fueron

quedando bien grabadas en la mente de sus hermanas, que aun ahora las recuerdan con emoción.

"Mirando a la estampa de Nuestra Santísima Madre, describe así su muerte una de las hermanas que presencié sus últimos momentos, exclama: *¡Madre mía!, muestra que eres mi Madre, llévame ya! Ella le ayudará, le digo, "Ella me ha ayudado siempre"... "¡Jesús mío, ten compasión!"*.

Más tarde, dice: *"Pero, Jesús mío, ¿todavía, no es esto la agonía? Pues ¡cuánto tendré que pasar...!"*

Pasa el día sufriendo sin descanso y la sed, esa sed insaciable que tanto la ha atormentado durante la enfermedad, y que ella ofrecía por los misioneros, aumenta cada vez más, a causa de hallarse reseca su boca y garganta, siendo por otro lado imposible aliviársela con nada, pues el tomar solamente unas gotas de agua le producen vómitos, que acrecientan aún más sus sufrimientos. Nosotras, viéndola sufrir tanto, no podemos reprimir ya las lágrimas y lloramos delante de ella. *"¡Llorar...!, dice, no vale la pena, ¡si el día de mi muerte será para mí el más feliz!"*

A eso de las cinco y media vuelve el confesor y más tarde le aplica, por indicación de la madre, la indulgencia plenaria "in artículo mortis". Después, le dice:

"Vaya, Sor Isabel, estará usted contenta de sus buenas hermanas que tanto la acompañan". *"Sí, dice, estoy agradecidísima a ellas y a todos los que se han interesado por mí"*. (Delicada manera de expresar su agradecimiento al fervoroso sacerdote, que con tanta bondad y solicitud guió su alma durante los cuatro años de estancia en Éibar).

Más tarde, mirando al crucifijo que tiene en sus manos, exclama: *¡Qué buenísimo es Jesús que me concede la gracia) de morir en la religión y en una religión tan simpática y observante como la nuestra!* Una de las hermanas, le dice: "Siempre nos decía usted que en la hora de la muerte nos daría sus últimos consejos y

ahora ¿no nos dice nada?". *"Hagan gran caso de las cosas pequeñas, responde, y sean muy fieles a las inspiraciones"*. "¿Nada más?". *"Con eso está dicho todo"*. Vuelve a repetir esto mismo más tarde, añadiendo lo que nos había repetido muchas veces durante su enfermedad: *"Desde el cielo les ayudaré... y rogaré para que sean religiosas hasta el fin"*.

Dice luego: *"Ahora sí que se ven las cosas como son"*. "¿Cómo son?", le preguntamos. *"Como son"* responde dulcemente.

"Estamos reunidas a su alrededor la madre y varias hermanas. Ella está con los ojos cerrados, sentada completamente, como en todo este último tiempo, a causa de la tos y fatiga que se aumentan cuando intenta echarse. Ahora, por constantes náuseas, no puede ni siquiera recostarse la cabeza en su brazo, para que pudiera siquiera así descansar algo. No acepta este alivio y la sostiene ella misma algunos ratos con su mano. Queda así como dormitando".

Nosotras hablamos del camino de amor de santa Teresita y, recordando sus palabras: *"Ahora se ven las cosas como son"*, le preguntamos: ¿qué le parece de lo que estamos hablando?, responde: *"Que a mi parecer es el mejor camino para llevar almas a Dios, puesto que por el amor se consigue mucho más que por el temor"*.

La madre ordena después que dos hermanas se queden a velar el resto de la noche, a las otras, que se retiren. Una de éstas le pregunta: "Sor Isabel, ¿no me dice usted nada?" *¿Qué le voy a decir?, la madre también quiere que diga "cosas", y como no SIENTO nada, (¡víctima hasta el fin!) "me parece hipocresía"*. "¿Está tranquila?", le pregunta. *"En el alma no puedo estar más tranquila; en el cuerpo..., padeciendo"*. "¿Se acordará de mí allá arriba?" *"¿No me voy a acordar?"*.

El día 13, fecha de su muerte, no puede comulgar y pasa la mañana como adormecida, aunque abre los ojos cuando se le

llama y en un momento en que se reanima algo, vuelve a besar el crucifijo con el mismo ardiente amor que la víspera.

Estando después en ese mismo adormecimiento, entra en tranquila agonía, durmiéndose dulcemente en el Señor a la una de la tarde, rodeada de la madre y comunidad, y un momento después de llegar el confesor, que le hace la recomendación del alma.

Cuando ya muerta inclinó su cabeza, Sor Isabel parecía una espiga que se inclina dorada por el sol en el estío, bajo el peso del grano maduro. ¡Qué pronto maduraste, trigo del Señor! ¡Con qué suavidad te desprendiste de la espiga, para caer en las manos de Dios y ser trasladada a los graneros del cielo!

Todo se lo llevó consigo Jesucristo: aquella alma tan hermosa, aquella sonrisa, aquella luz de sus ojos, aquella bondad de su corazón, aquella sensibilidad tan exquisita, la abnegación de su espíritu delicado sin ser escrupuloso, Sor Isabel no era ya la reina de la caridad, era su víctima.

Al ver que otros muchos en torno suyo gustaban de sus encantos naturales, a los que daba mayor realce su virtud, *deseó perderlos*, como se lo oyeron decir sus compañeras.

Había pedido también a Dios, que su cuerpo quedara completamente desfigurado en la muerte, y esto último lo obtuvo por completo.

Sor Isabel en su lecho de muerte parecía Jesucristo bajado de la cruz en los brazos de María. Y si los Evangelistas corrieron un velo discreto sobre el estado en que quedó el santo Cuerpo, para que no nos inspirara más horror que compasión, las superiores tampoco quisieron perpetuar las facciones de Sor Isabel ya difunta. Era que allí no había quedado nada de aquella *Regina* que todos habían conocido. A tal extremo llegó su consunción, que sus parientes que asistieron a su entierro, apenas la reconocían... y un médico del

pueblo que la había conocido antes de caer enferma, al verla en el cementerio exclamaba: "¡Esta no es Sor Isabel!" No lo era; todo se lo había llevado al cielo Jesucristo.

Sus hermanas quedaron tan sólo con aquella espiga seca, aquellos tristes despojos, que cuidaron sin embargo con el mayor respeto, como a una reliquia.

La hermana que nos ha relatado su muerte, nos describe ahora el emocionante momento en el que amortajaron a la generosa víctima.

"Su rostro consumido hasta el extremo y desfigurado por el sufrimiento es un mudo testimonio de su martirio...; refleja sin embargo después de su muerte una dichosa paz, paz y dicha conquistada generosamente sobre penas y dolores... Ahora descansa en paz sobre los laureles de la victoria.

Sus manos blanquísimas casi transparentes, estrechan el crucifijo, que la acompañó durante toda su vida religiosa, pendiente del rosario de la cintura y que ahora va a acompañarla también hasta la última morada.

Colocamos en su cabeza una corona, igual a la que ciñera sus sienes, cuando con tanto amor se ofreció como víctima al Amor Misericordioso el día de sus votos perpetuos.

Entre sus brazos ponemos una palma y flores blancas alrededor de su cadáver.

Después... contemplamos sin cansarnos a nuestra hermana ¡tan querida! y aunque llorando su ausencia nos regocijamos de su dicha y envidiamos sus virtudes y su amor a Jesús, tan generosamente demostrados hasta el fin".

Lector, como herencia de esta bienaventurada alma, recoge en el relicario de tu corazón sus últimas palabras: "*Hagan gran caso de las cosas pequeñas... Sean muy fieles a las inspiraciones*"...

Si eres alma vulgar y pretendes seguir el camino de la rutina, esas palabras no rezan contigo, sustitúyelas con estas

otras: "Pequeñeces"; "eso no vale nada"; "escrúpulos"... Mas si aspiras a distinguirte, honrando tu nobleza de cristiana, de alma predilecta de Dios, escogida y amada de su Corazón, entonces es necesario hacer "gran caso" de las *cosas pequeñas*, porque los detalles hacen perfecto el cuadro. El Espíritu Santo es detallista y a los detalles van sus inspiraciones. Si no las sigues serás un pobre vulgar y ordinario. La santidad es algo más.

XII

HACIA EL DESCANSO ETERNO

Aquella mañana Éibar oyó los comentarios más edificantes, al paso por sus calles de un féretro. Era blanco. Ocho religiosas del hospital, asilo y sanatorio, con sus blancos hábitos lo cortejaban, llevando en sus manos blancas cintas. Delante el clero parroquial y detrás parte de la comunidad a que pertenecía Sor Isabel.

Éibar había enviado a sus más altos representantes para que presidieran el fúnebre cortejo. Allí iba el alcalde de la villa, señor Oria; el juez municipal, señor Eguren, y numerosa concurrencia.

Al paso del cortejo se oían diversos comentarios. Algunos daban datos de la finada; su nombre; sus virtudes; su gran ascendiente.

Regina, entretanto, aun camino del cementerio, seguía reinando, atrayendo hacia sí las miradas de los que la contemplaban en el blanco ataúd, algunos con admiración, otros con lágrimas.

Atrás, en sus lechos, quedaban sus enfermos, sin poderla olvidar, y los huerfanitos que ella engendró para Dios.

En medio del silencio resonaban las voces graves de los sacerdotes y los gemidos silenciosos de algunos de los acompañantes. Se detienen ante la iglesia parroquial, para recibir la última bendición de la Iglesia y Sor Isabel es llevada al cementerio.

Y allí esperan, sus despojos mortales, la resurrección de los justos. Una lápida sencilla comienza por pedir a todos los

que por allí pasen un padre nuestro. Sigue abajo el escudo mercedario, subrayado por las iniciales del "descanse en paz" y a continuación esta inscripción: "Hermanas Mercedarias de la Caridad". Una de ellas es Sor Isabel (Regina).¹

Enfrente, allí arriba en la cima de Arrate, la cruz de la Virgen que, esfumada por la distancia colocada en un ambiente tan mariano, parece una enorme estatua de María con los brazos abiertos. Allá le espera a Sor Isabel la Madre del cielo, para abrazarla y estrecharla contra su corazón, el día que se levante gloriosa del sepulcro. Y ¡cómo será ella cuando a esos restos mortales les devuelva Jesucristo todo lo que se llevó Él al cielo, aumentándolo con las dotes de los cuerpos gloriosos!

Y por encima de la sagrada montaña mariana, más arriba que la región donde se forman las tempestades, y más que los espacios inmensos donde se mueve el sol y millares de astros, los muros de jaspe más brillantes que el sol con sus doce puertas, que son doce piedras preciosas. y en su interior recamado de oro, iluminado por la claridad del Cordero sin mancilla en la celestial Jerusalén, entre los que ya no pueden perder a Jesucristo, Sor Isabel en su apoteosis vestida de blanco, con la palma del martirio en sus manos, tan parecida al mansísimo Cordero como su Madre María, Regina reina también en el cielo.

No preguntéis quién es ni de dónde viene. Viene de la gran tribulación y ha lavado sus vestidos con la sangre del Cordero. Por ello vive ahora en el cielo, mientras su cuerpo descansa en la tierra.

¹ Estos restos descansan hoy, esperando la resurrección de los justos, en la iglesia de las hermanas mercedarias de la caridad en Zumárraga (Guipúzcoa).

Adiós, hermana, hasta que te volvamos a ver en la Patria. Pero si ahora has llegado a ser reina en el cielo, sigue siendo para nosotros la reina de la caridad. La caridad no la puedes ejercitar ahí arriba, donde todos son dichosos ejércitala desde el cielo con los que quedaron en este valle, embalsamando tu sepulcro con sus lágrimas. Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. Paséalos por este destierro donde suspiramos los que todavía no hemos fijado nuestra vida eterna.

Que nos arrastre tu ejemplo, Sor Isabel. Que tus hermanas en religión perpetúen también, como tú, en la tierra con su caridad, haciéndolo visible al invisible samaritano de tu cielo y de nuestra Eucaristía.

Y ya que fuiste un fruto que caíste maduro en las manos del Señor, del árbol de tu querido Instituto de Nuestra Señora de las Mercedes, que este árbol, tan frondoso hoy, siga dando más y más frutos, que vaya recogiendo bien sazonados el hortelano divino, Jesucristo.

A Jesucristo se le ha amado en este mundo como no ha sido amado hombre alguno, y el Hijo de la Virgen no se deja vencer en generosidad. Sor Isabel reina ya con Él en el cielo.

¿Y querrá Dios hacernos experimentar el poder de su intercesión? Caritativa en extremo, ¿le enternecerán nuestras miserias y pondrá sin duda desde el cielo a nuestra disposición la Omnipotencia de su Esposo divino que sigue curando enfermos y resucitando muertos?

Sor Isabel vuelve a reinar también en la tierra.

Y tú, lector amado, acéptame esta última reflexión: "Ella, mientras fue alma vacilante y de inconstante vaivén, no pasó de alma *corriente*; mas cuando se irguió valiente y decidida hacia el ideal y se *entregó* total y exclusivamente a Él, logró poner, con rapidez asombrosa, su asiento en la cumbre de la santidad.

Nunca seas vacilante, sino valiente y decidido; no vivas en la inconstancia y en el vaivén, sino lánzate y avanza en el bien".

"Sufro muchísimo, dijo ella con santa Teresita, el cáliz está lleno hasta el borde; pero no quiero sufrir menos de lo que sufro"...
"No me pena haberme entregado al amor...; a mi parecer, éste es el mejor camino para llevar almas a Dios...".

Sor Isabel se entregó al Amor, el amor la unió en sacrificio y en dolor; el dolor fue el crisol de su amor...

¡El AMOR triunfó en ella...!

¿Triunfará en ti, lector?

APÉNDICE

CÓMO PIENSAN LOS QUE LA CONOCIERON

No hemos querido abandonar en la carpeta las edificantes cartas que, pocos días después de su muerte, se recibieron en la comunidad de Éibar, algunas de las cuales son verdadera afirmación, en su fiel apreciación, de cuanto de ella se ha dicho en estas páginas, acerca de su ejemplarísima vida y virtudes.

Considerándolas interesantes y provechosas, y creyendo hacer un buen servicio a todas aquellas almas, que de veras se decidan a seguir las huellas de esta encantadora alma mercedaria, cuya vida ofrecemos como dechado y perfecto modelo de virtud, transcribimos a continuación los testimonios de admiración, encomio y alabanza que recogemos en sus cartas. Dice así la primera, que es de un fervoroso sacerdote catalán, el cual residió como capellán, durante más de año y medio, en el asilo-hospital de Éibar.

“Muy apreciadas madre y hermanas en Jesús. El día de san Martín, fiesta mayor de mi parroquia, llegó su apreciada carta dándome varias noticias, la más importante la muerte de Sor Isabel. Vi que se trataba de Sor Isabel la de Los Mártires, aquella hermana tan robusta de cuerpo al parecer, y buena de alma que hizo sus votos perpetuos durante mi estancia en ésa, poco antes de mi venida a Cataluña.

No les doy el pésame por su muerte. Estaría mal, convencidas como están que era un alma privilegiada. Prefiero la enhorabuena por haberla criado su Instituto y esa casa de

Éibar. Era un alma flor. Una de las flores que sabe producir el joven jardín mercedario. Alégrense por ella. ¿Qué importa que haya muerto joven y cuando el Instituto podía esperar muy buenos servicios de su salud y su bondad? El fin primordial del Instituto no son los servicios caritativos que las hermanas prestan a la sociedad, sino la santificación de las religiosas en tales servicios.

Por mi parte he tenido una satisfacción al enterarme que mi nombre figuraba en aquella bolsita para sus peticiones diarias. Y para satisfacción de ustedes, quiero decirles que he leído y comentado a las jóvenes el recordatorio de Sor Isabel y que la puse en uno de mis últimos sermones como ejemplo de cristiano morir.

Dichosa ella que supo tan excelentemente entregarse en su generosa ofrenda al Señor y perseverar en su propósito con firmeza y alegría”.

* * *

Un Rvdo. Padre Jesuita, que dio varias veces Ejercicios y triduos de retiro a la comunidad de Éibar, dice:

“Rvda. Madre Superiora y Comunidad. P.C.

Por el recordatorio me entero de la muerte de Sor Isabel, que les ha dejado adelantándose al premio.

Fue ciertamente *muy delicada* y hasta heroica en el servicio de Dios, quien por su parte la probó, porque la quería tener consigo cuanto antes y muy alto en el cielo.

Que su ejemplo aumente el fervor de esa comunidad y que con su poderosa intercesión les obtenga el incremento de toda la Congregación –a la que tanto amó- más en virtud que en número”.

* * *

Es ahora un Rvdo. Padre mercedario quien dice:

“Rvda. y estimada madre: Hace unos días recibí su grata, carta la cual llegó a mis manos, cuando estaba dando Ejercicios a sus hermanas de ésta. La lectura de la carta y de las notas del recordatorio me emocionaron y no menos el atento recuerdo que la buena hermana Sor Isabel tuvo para mí en sus oraciones y sufrimientos.

En la plática de la tarde leí a las hermanas las notas referentes a la muerte de Sor Isabel, y de ellas me aproveché para exhortarles a vivir una vida santa, a fin de merecer una muerte semejante.

Es ciertamente lo que más importa. Una muerte santa después de tan larga y penosa enfermedad, llevada con santa resignación y amor, nos hace pensar que estará ya gozando de Dios y que tenemos en ella una intercesora en el cielo”.

* * *

Entresacamos de otras cartas, algunos testimonios referentes a Sor Isabel, de otros sacerdotes y religiosos que la conocieron:

“Recibí la esquelita de defunción de Sor Isabel. ¡Qué envidia me ha dado su muerte! ¡Que el Señor me la conceda así! Ahí estarán gozando del perfume de santidad que ha dejado en esa casa tan recordada. No les doy el pésame, aunque haya sido para ustedes grande pérdida en la tierra, pero es para el Instituto grande ganancia en el cielo”.

“Me enteré de la santa muerte de Sor Isabel. No me extrañó. Desde que vi por primera vez a esa religiosa, me causó un efecto muy bueno. Que sigan las enseñanzas que les dio por medio de su paciencia y conformidad en su enfermedad”.

* * *

“Yo creo que no hemos perdido nada con su muerte, puesto que era un fruto muy maduro y desde el cielo nos ayudará más que viviendo en la tierra”.

* * *

“He leído con honda emoción las palabras de santa resignación que acompañaron a los sufrimientos de sus últimos días, viendo en ellas, una vez más, la bondad de carácter y nobleza de sentimientos que emanaban de toda su persona y que con cariñosa y alegre prodigalidad, repartió entre todos aquellos que la rodeaban y conocieron”.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

EL SECRETO

- I. En el regazo de una santa madre
- II. La niña piadosa y traviesa
- III. El llamamiento
- IV. En el noviciado
- V. En medio del mundo
- VI. Decisiones generosas
- VII. Siguiendo al Maestro
- VIII. La entrega de sí misma
- IX. En la cruz
- X. Íntimas purificaciones
- XI. En el umbral de la eternidad
- XII. Hacia el descanso eterno

APÉNDICE: Cómo piensan las que la conocieron

